



Asamblea General

PROVISIONAL

**A/45/PV.14
9 de octubre de 1990**

ESPAÑOL

Cuadragésimo quinto período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 14a. SESION

**Celebrada en la Sede, Nueva York,
el lunes 1° de octubre de 1990, a las 9.30 horas**

Presidente:	Sr. de MARCO	(Malta)
más tarde:	Sr. SUTRESNA (Vicepresidente)	(Indonesia)
más tarde:	Sr. de MARCO (Presidente)	(Malta)
más tarde.	Sr. THOMPSON (Vicepresidente)	(Fiji)

- Ceremonia de presentación de la Declaración y el Plan de Acción aprobados por los dirigentes mundiales en la Cumbre Mundial en favor de la Infancia [151]
- Discurso del Sr. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos

/...

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

- Debate general [9] (continuación)

Declaraciones formuladas por:

Sr. Paásio (Finlandia)

S.. Tshering (Bhután)

- Discurso del Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América
- Debate general [9] (continuación)

Declaraciones formuladas por:

Sr. Levy (Israel)

Sr. Wilde (Nueva Zelandia)

Se abre la sesión a las 9.45 horas.

TEMA 151 DEL PROGRAMA

CEREMONIA DE PRESENTACION DE LA DECLARACION Y EL PLAN DE ACCION APROBADOS POR
LOS DIRIGENTES MUNDIALES EN LA CUMBRE MUNDIAL EN FAVOR DE LA INFANCIA

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Declaro abierta la
ceremonia de presentación de la Declaración y el Plan de Acción aprobados por
los dirigentes mundiales en la Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

Tiene la palabra el Primer Ministro del Canadá, el Sr. Brian Mulroney,
Copresidente de la Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

El Sr. Brian Mulroney, Primer Ministro del Canadá, es acompañado a la
tribuna.

Sr. MULRONEY (Canadá) (interpretación del francés): En nombre de mi
Copresidente, el Presidente Traore, de Malí, tengo el honor de presentar un
informe sobre nuestras deliberaciones de este fin de semana.

(continúa en inglés)

Nadie sufre más de la pobreza que los niños; y nunca ha sido más evidente
este sufrimiento para los pueblos del mundo. Todos los días, 365 días al año,
40.000 niños en el mundo mueren de enfermedades totalmente prevenibles.
Millones más padecen hambre, carecen de educación o son maltratados.

El pasado fin de semana se hicieron presentes en Nueva York 71 dirigentes
de todo el mundo para ocuparse del sufrimiento que estos números representan.
La reunión celebrada ayer por estos líderes del mundo arrojó más luz sobre uno
de los secretos más oscuros y vergonzosos: el hambre y la pobreza, la falta
de techo, las enfermedades, la explotación y el analfabetismo de los niños.
En el vídeo preparado para la Cumbre Mundial pudimos ver rostros de alegría y
lágrimas de dolor.

(continúa en francés)

Examinamos cuestiones que nunca antes estuvieron en el programa de una Cumbre: las enfermedades infantiles, la planificación familiar, la responsabilidad de los padres para con los hijos.

Nadie que haya asistido a esta Cumbre puede estar satisfecho con la situación. Todos estuvimos contestes en cuanto a la urgencia de enfrentar estos problemas. No es sólo una cuestión de pobreza; también la indiferencia de las sociedades afluentes cobra sus víctimas. Asimismo, se ha tomado conciencia de que el desarrollo sano de los niños se vincula a diversos aspectos económicos, médicos y tecnológicos.

(continúa en inglés)

En un tema que se presta tan fácilmente a las generalizaciones, el objetivo de la Cumbre era catalizar acciones prácticas a nivel de los gobiernos, las organizaciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales y las familias, que siempre tendrán la responsabilidad primordial de proporcionar a los niños del mundo un entorno de amor. El objetivo era dar mayor prioridad a esta cuestión en los programas políticos de los países.

Los 71 dirigentes de todo el mundo que participaron en la reunión, incluidos los que intervendrán a continuación desde esta tribuna - el Presidente de México, el Presidente de los Estados Unidos y otros - refrendaron una Declaración y un Plan de Acción comunes.

(continúa en francés)

En la Declaración, se comprometieron a acatar los diez principios fundamentales que comprenden las áreas de la inmunización, el agua potable, la planificación de la familia, entre otras cosas, en la aplicación de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño.

(continúa en inglés)

Con el fin de la guerra fría y al funcionar correctamente las Naciones Unidas, como sus creadores lo previeron, con la unificación de Alemania y las profundas reformas de la Unión Soviética, resulta claro que la humanidad es capaz de introducir profundos cambios y tomar nuevas orientaciones. La lección que debemos recoger es que el pasado no debe dictar nuestro destino, que es posible vislumbrar nuevos futuros si nos los proponemos.

La aprobación de la Declaración y el Plan de Acción este fin de semana fue una medida indispensable para obligar a actuar a todos los gobiernos. Sería prematuro decir que la Cumbre fue un éxito. El verdadero éxito de la Cumbre sólo podrá discernirse en los próximos años, cuando las naciones cumplan sus compromisos e inviertan estratégicamente en sus recursos más valiosos: los niños.

Ya he estado en contacto con los directores de las principales instituciones financieras multilaterales y sus respuestas han sido sumamente alentadoras. Ya se está reorientando la tarea del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), del Banco Mundial y de otros bancos regionales para complementar el empeño de los gobiernos nacionales.

El propósito del Banco Mundial de incrementar su capacidad crediticia en atención primaria al 5% del total de sus préstamos significarán 500 millones de dólares anuales para enseñanza primaria y medidas básicas de salud. Este aumento aporta una contribución importantísima a la empresa de mejorar la vida de los niños, especialmente de los niños de los países en desarrollo, que tan urgente y desesperadamente necesitan ayuda, no sólo de los organismos de crédito, sino de todos los presentes hoy en la Asamblea. Al aunar la voluntad de todos los dirigentes del mundo de enfrentar este desafío, la Cumbre Mundial en favor de la Infancia nos permite abrigar la esperanza de que la pobreza y el sufrimiento de los niños no durarán para siempre. Esta reunión, en gran medida una creación de Jim Grant y de su excelente personal del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), ha dado un impulso fundamental al tema de la niñez. Ahora resta que medie la voluntad política de mantenerlo.

Es un privilegio para mí sumarme al Copresidente, el Presidente Traore, para presentar la Declaración de la Conferencia al Presidente de la Asamblea General.

En nombre de los 71 dirigentes que los refrendaron, recomiendo sinceramente estos documentos al Presidente y a todos los países, a las Naciones Unidas y a los organismos que la componen y a las comunidades de todo el mundo.

Deseo expresar una vez más el agradecimiento de los 71 dirigentes participantes al Secretario General y a su excelente personal por la contribución que han aportado, y a Jim Grant y a todo el personal del UNICEF por hacer de esta reunión un éxito maravilloso. Muchas gracias a todos.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Agradesco al Primer Ministro del Canadá su intervención.

Será para mí un gran placer aceptar la Declaración y el Plan de Acción aprobado por los dirigentes de todo el mundo que participaron en la Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

El Sr. Brian Mulroney, Primer Ministro del Canadá, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Es para mí motivo de profunda satisfacción que mi mandato como Presidente de la Asamblea General coincida con la celebración de la Cumbre Mundial en favor de la Infancia. La reunión este fin de semana de 71 Jefes de Estado y de Gobierno para aportar su sabiduría, su visión y su compromiso político para con los objetivos y estrategias en favor de la supervivencia, la protección y el desarrollo de los niños de todo el mundo constituye una ocasión única. Ello significa que existe la determinación de actuar de concierto en nombre de millones de niños que sufren, no sólo por compasión, sino como expresión de la voluntad política y la preocupación por mejorar la condición humana de los niños.

Al evaluar los logros de la Organización, la aprobación por la Asamblea General, el 20 de noviembre de 1989, de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño, que entró en vigor el 2 de septiembre, es reconocida en general como un hito que comprende una amplia gama de objetivos para el bienestar de los niños.

Estoy convencido de que la aprobación de la Declaración sobre la Supervivencia, la Protección y el Desarrollo del Niño, junto a un Plan de Acción muy específico, por parte de quienes asistieron a la Cumbre Mundial, acelerará la ratificación y aplicación de la Convención sobre los Derechos del Niño.

Quisiera expresar mis cálidas felicitaciones a los seis gobiernos iniciadores de la Cumbre Mundial, los que, con el apoyo del UNICEF, organizaron la reunión. También deseo rendir homenaje al Secretario General, quien proporcionó los buenos oficios de las Naciones Unidas para respaldar esta iniciativa histórica.

El tema de la reunión fue el bienestar de los niños. Tratemos de armonizar y renovar nuestros esfuerzos para legar a las generaciones venideras, a las que correctamente se refiere la Carta, un mundo en que el hambre, las enfermedades, la pobreza y las privaciones sean cosa del pasado y no una herencia para el futuro.

Durante estas últimas semanas hemos visto la soberanía y la independencia de un Estado maltratadas. Todos los días hemos escuchado acerca de la posibilidad de que la guerra está cercana. Estamos envueltos en una lucha por asegurar la observancia de las reglas del derecho en las relaciones internacionales y la necesidad de mantener la paz. Ojalá, a través de la autoridad que la precede, por ser lo más representativo de todos los órganos de nuestra Organización, la Asamblea de 160 naciones indique a aquellos que tienen la responsabilidad inmediata de configurar el curso de los acontecimientos, y tal vez de la historia, que no desprestigia a ningún Estado el adherirse a la Carta de nuestra Organización; que no se pierda la cara cuando se trata de lograr un arreglo pacífico de las controversias. Nada se pierde en intentar lograrlo. No sólo se lo debemos a nuestros niños sino a los miles de niños que mueren todos los días debido a causas prevenibles, a los miles que pueden morir y a todos los que sufren. Le debemos a nuestros niños un mundo en paz. Pero tiene que ser paz en libertad. Este es nuestro plan de acción permanente como una responsabilidad colectiva de nuestra Asamblea.

Con este espíritu, me complace aceptar la Declaración sobre la Supervivencia, la Protección y el Desarrollo de los Niños y el Plan de Acción.

Declaro clausurada la ceremonia de presentación de la Declaración y el Plan de Acción aprobados por los dirigentes mundiales en la Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

Hemos concluido así nuestro examen del tema 151 del programa.

DISCURSO DEL SR. CARLOS SALINAS DE GORTARI, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

El Sr. Carlos Salinas de Gortari, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Sr. Carlos Salinas de Gortari, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente SALINAS DE GORTARI: Con un mensaje de amistad y cordialidad de los mexicanos, me dirijo a la Asamblea General en la inauguración de su cuadragésimo quinto período de sesiones. La Memoria del Secretario General de las Naciones Unidas para el año transcurrido da cuenta de la nueva voluntad y el ánimo de sus Miembros. También de los graves riesgos aún presentes. Quiero destacar la encomiable actuación del Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, quien ha sabido, con talento, sortear las dificultades de su labor conciliatoria y promover un verdadero renacimiento de la Organización. México lo reconoce como un escrupuloso emisario de la paz.

Felicito también al Embajador Guido de Marco, que conducirá la Presidencia de esta Asamblea histórica, sin duda, al buen término que demanda nuestra circunstancia.

Damos la bienvenida al Principado de Liechtenstein como Miembro de nuestra Organización. México siempre ha defendido el principio de la universalidad de las Naciones Unidas; esperamos, en consecuencia, celebrar pronto el ingreso de aquellos Estados que todavía permanecen fuera.

Esta es la casa de las naciones; casa hecha para auspiciar la convivencia civilizada, segura, de todos los pueblos. Hoy las Naciones Unidas viven el pulso del mundo. Llego aquí en tiempos de grandes reacomodos e inusitadas esperanzas. Vengo con la firme creencia de que la paz y la cooperación en el mundo son posibles porque son indispensables. Vengo, además, con la experiencia del cambio en mi país, que nace de nuestras circunstancias y de nuestra voluntad, pero que respira los aires de la transformación mundial.

Hoy vivimos un giro insospechado de la historia. Es un tiempo de colisión entre pasado y presente; entre lo global y lo local; entre poder y derecho. Es tiempo de riesgos inminentes y, también, de oportunidades no anticipadas en el siglo. Los arreglos institucionales, los equilibrios globales, las creencias mismas, se han transformado. Por encima de credos y geografía, de niveles de desarrollo, hay una nueva conciencia general que demanda reestructurar economías y modificar prácticas políticas en un nuevo contexto de interdependencia entre naciones. Hoy su más feliz expresión es

una nueva actitud y un nuevo lenguaje ante lo que se creyó eran necesidades inalterables. Es signo del fin de siglo no sólo dominar sin dañar a la naturaleza, sino también elevar el espíritu. Oportunidades históricas se abren para nuestra generación de construir un futuro que tiene que ser común, pero que puede ser también más civilizado y próspero.

El momento no es para complacencias. Hoy, en lo político vemos el fin de la guerra fría y celebramos con grandes esperanzas las conversaciones intensas entre las superpotencias. Reconozco el valor y la imaginación de sus líderes para escapar de la falsa inevitabilidad que atrapaba al mundo en la insensatez y en la sinrazón. Los nuevos tiempos han sido para las Naciones Unidas el fin de la parálisis del Consejo de Seguridad y el necesario fortalecimiento de la eficacia multilateral.

A la vez, vemos con angustia que la distensión y aun la cooperación entre Potencias de signos diferentes, pero convergentes, no garantizan el fin de los conflictos regionales ni alientan el desarrollo en los países del Sur. Enormes recursos que habían sido destinados para la confrontación en Europa carecen hoy de objetivo militar. ¿Permanecerán bajo la rutina generada durante la mentalidad de la guerra fría? ¿Serán las grandes Potencias capaces de reorientar sus preocupaciones y sus recursos a favor de un mundo donde el derecho internacional sea el único valladar al poder más sobresaliente? Los acontecimientos recientes nos recuerdan bruscamente lo ilusorio del optimismo sin la superación de desequilibrios profundos, sin la voluntad de cumplir el derecho vigente. Que no sea este momento, el del abandono de la guerra total, uno que avive las desigualdades entre el Norte y el Sur y permita la escalada de confrontaciones locales.

En lo económico, dominan nuevas tendencias que permean las culturas en todo el planeta. La interdependencia entre las economías ha acentuado los vínculos financieros y comerciales a nivel global. Asistimos a una vigorosa lucha por la calidad, el precio y la oportunidad en el intercambio de bienes y servicios. El imperativo de la competencia está redefiniendo los términos de la producción, las relaciones sociales, el hogar familiar mismo. Nunca antes había sido tan amplio el potencial para el desarrollo. Pero, como en pocas ocasiones, también se intensifican hoy la sombra de acciones unilaterales, los riesgos de la recesión y el impacto devastador desde el exterior a las mejores acciones y deseos de las naciones en desarrollo.

La formación de bloques económicos perfila un nuevo arreglo multipolar. Ellos pueden dar un gran impulso a la actividad económica global si permanecen abiertos al comercio, con altos niveles de ahorro para la inversión externa y menores tasas de interés mundial. Este sería el escenario que apoyaría los programas de ajuste y cambio estructural de muchas naciones. Pero pueden también ensimismarse y elevar nuevas barreras proteccionistas que agraven los desequilibrios de la economía internacional. Mucho depende de una conclusión positiva de la Ronda Uruguay.

Frente a estos hechos y tendencias, el mundo de hoy ha entendido que la independencia de una nación no se promueve edificando muros ni aislándose del resto, ya sea por temor o por nostalgia. En el mundo contemporáneo, la insularidad es una fantasía que resulta muy costosa. Llegar tarde a la cita con la competencia global es retrasar respuestas a las demandas sociales y arriesgar la viabilidad de las naciones. Pero diluir la conciencia nacional, desarticular el deseo de los pueblos por autogobernarse es aún más grave. Defender la soberanía en el mundo de hoy exige dirigir deliberadamente los cambios internos para no sufrir involuntariamente los efectos de la transformación mundial.

El cambio afecta a todos. Nos sumamos al regocijo del pueblo alemán, que pronto vivirá en una sola nación. Admiramos la enorme diligencia de los líderes que han demolido el muro de la incomprensión que dividía familias y bifurcaba una misma historia. Junto a la unificación de Alemania, las naciones de la revolución del otoño de 1989 y las nuevas democracias de América Latina son, tal vez, los cambios más espectaculares. Pero también las naciones industrializadas apuran transformaciones que les permitan mantener su competitividad relativa, abatir déficit, aligerar sus burocracias, ampliar su vida de derechos y libertades políticos y acceder a nuevas tecnologías. Nadie es tan fuerte para ignorar el cambio y nadie tan débil para no representar un ámbito de riesgo para el mundo.

México se ha reconocido en esta nueva circunstancia mundial. Las perspectivas demográficas y el nuevo contexto de competencia internacional definen el reto de México. Somos 82 millones de habitantes y más de un millón y medio de mexicanos se nos une cada año. Hay rezagos ancestrales y mucha pobreza, cohabitando con una sociedad moderna, diferenciada y exigente. Por eso, ha sido una urgencia asegurar el crecimiento económico sostenido y con estabilidad. A la par, adecuamos las prácticas políticas para sustentar la participación nacional en el mundo que hoy se prefigura. Los mexicanos definen su propia ruta en el contexto internacional.

La economía mexicana ha vivido ya varios años un proceso de ajuste para lograr la estabilidad de precios y hacer más eficiente el aparato productivo. La consistencia en nuestro programa económico ha arrojado resultados muy alentadores. Hemos aprendido lecciones que los mexicanos ya no podemos olvidar.

Consideramos como prioridad irrestricta el mantener una firme disciplina fiscal, porque la magnitud del déficit público define los márgenes de acción para estabilizar la economía y conducir las reformas estructurales. México pasó de ser una de las economías más cerradas a una de las más abiertas en el mundo. En la transición hacia la estabilidad es indispensable una rápida liberación comercial y una efectiva desregulación para inducir eficiencia en el aparato productivo, arbitrar precios internos con los externos y estimular

el cambio tecnológico. México negoció con oportunidad una reducción del servicio de su deuda externa, lo que ha abierto un horizonte más seguro al país. Asimismo, privatizamos las empresas no estratégicas y lo hacemos por etapas, para maximizar ingresos públicos y asegurar la eficacia del Estado en sus responsabilidades fundamentales. México promueve la inversión externa, ahora con más espacios en la economía y con la seguridad jurídica indispensable. Hoy, nuevas formas de asociación entre Gobierno y exportadores permiten penetrar y conservar mercados.

Este camino, en nuestras circunstancias, define una economía fortalecida y un nuevo ánimo social más productivo y solidario. La nuestra ha sido una transformación en todos los ámbitos de la vida nacional. México lleva adelante una profunda reforma del Estado. Los mexicanos están cambiando sus instituciones y prácticas democráticas. Vivimos un más vigoroso y competido sistema de partidos. El acuerdo entre ellos ha producido una nueva legislación electoral. Se creó un mejor sistema de protección de los derechos humanos y de combate al narcotráfico y la impunidad. Las libertades son ejercicio cotidiano, pero lo más importante ha sido canalizar una nueva energía social para elevar el nivel de vida, principalmente el de aquellos mexicanos que tienen menos y que más se esfuerzan.

México busca activamente participar en todos los bloques económicos, establecer los acuerdos que le permitan asegurar mercados y atraer inversiones. Ahora mismo, mi país se encuentra en conversaciones con los Estados Unidos para convenir un acuerdo de libre comercio, que responda a la apertura de nuestra economía, facilite el acceso de nuestros productos al exterior y dirima con objetividad las diferencias comerciales entre nuestras naciones. La incorporación del Canadá generaría el mercado más grande del mundo. Hacia el sur, con el resto de América Latina, buscamos fortalecer las relaciones económicas y construir las bases de un comercio más libre. Contamos con nuevos vínculos con Europa, así como con el Japón y el Pacífico, para exportar más y atraer inversión y tecnología. Este esfuerzo nos convierte, también, en puente entre los dos océanos.

México sostiene que la densidad económica de los bloques no debe provenir de la voluntad de protegerse de una acendrada competencia. Nacidos de la geografía y la cultura, ellos deben cruzarse en un mayor intercambio y un mejor conocimiento. Por eso, México busca renovar el universo cultural que es

nuestra América Latina. Definidos en el Occidente, nos sabemos distintos por las culturas que, como sedimentos, forman la vocación latinoamericana. Nuestro propósito es derribar las barreras al paso no sólo de bienes y personas, sino a la idea de la unidad en el marco de nuestras soberanías. América sorprendió al mundo hace casi 500 años por la grandeza de sus civilizaciones indígenas, la riqueza de sus recursos, la creatividad de sus pueblos. Hoy existe un espíritu renovado en Latinoamérica, democrático y productivo, justo y solidario, para revivir de nuevo el asombro del mundo. México está comprometido con ese futuro.

Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando en esta Asamblea dominó el lenguaje de la crisis del multilateralismo. Se recapitulaban los males del mundo y, sobre todo, se enfatizaban las deficiencias de los mecanismos y las debilidades de la comunidad internacional para responder a ellos. Esa actitud encontró oídos cerrados de unos, iras desahogadas de los otros, impaciencia en todos. Este era un efecto de la guerra fría.

Durante la vida de esta Organización, y antes por más de un siglo, México ha sostenido como principios de la convivencia civilizada entre las naciones, el respeto al derecho de los pueblos a la autodeterminación y a la no intervención externa, la igualdad jurídica de los Estados, la resolución pacífica de los conflictos: ha sido una cruzada a favor del derecho internacional. En ocasiones, nuestro clamor - el único con el que cuenta una nación pacifista - pasó desapercibido por quienes se adherían a la política del poder y desechaban, por considerarla ingenua, la política del derecho. Hoy sentimos que el cambio en el mundo confirma nuestra razón. En nombre de la norma internacional y la universalidad de su aplicación, la guerra fría desaparece y el concierto de naciones responde al desafío de la invasión iraquí a Kuwait.

El Consejo de Seguridad ha condenado el uso de la fuerza, ha dictado medidas para sancionar y desalentar al agresor y se han señalado los caminos para que dichas sanciones sean efectivas. México hace suyas las resoluciones del Consejo de Seguridad y ha adoptado ya, en su ámbito, las decisiones correspondientes a su ejecución. Exigimos la retirada inmediata e incondicional de las tropas iraquíes actualmente presentes en Kuwait, la liberación inmediata de los rehenes detenidos por la arbitrariedad de la fuerza y el respeto irrestricto a las Convenciones de Viena sobre inmunidades diplomáticas y consulares de personas y recintos. Si la vigencia de los derechos humanos es la idea más poderosa de la era moderna, la invasión es la forma más acabada de su violación. La diplomacia internacional enfrenta aquí un nuevo reto.

El mundo ha cambiado y México cambia también. Pero, el valor de las transformaciones radica en preservar las que son conquistas esenciales. Si el cambio reconquista la razón, la tolerancia, la cooperación y el sentido de justicia, tiene dirección y tiene profundidad. Este es el significado, desde su origen, de las Naciones Unidas: la vigencia del derecho en contraposición al arbitrio del poderoso; la negociación y composición de intereses en vez del uso de la fuerza; la consulta, la concertación y la cooperación como vías para resolver diferencias, aminorar conflictos, desterrar la guerra. Las Naciones Unidas fue un acto de creación jurídica y política, de cultura y civilización, ante la irracionalidad y la barbarie. El cambio nos ha mostrado que podemos ser responsables ante nosotros mismos, ante las generaciones pasadas y las del porvenir, de una manera que el mundo jamás ha conocido. No debemos dejar pasar esta oportunidad histórica.

Este es un foro representativo, o con más precisión, el foro por excelencia de la opinión pública mundial. Hoy, la Asamblea General puede ser, además, el conducto de la nueva era de intercambios con base en el principio de la igualdad soberana y conforme a las normas del derecho de gentes. Por eso, es doloroso recordar cuántas veces en el pasado se han ignorado resoluciones adoptadas y es esperanzador ver acatar la norma en el presente. Vengo a esta Asamblea convencido de que todos los países Miembros estamos comprometidos en fortalecer el proceso de recuperación de las Naciones Unidas. Hay una misión histórica por cumplir y ahora estamos más cerca que nunca de lograrlo.

Entramos a la década de los noventa con incertidumbres internacionales, pero sabiendo que está en todos nosotros aclararlas. Las tareas primordiales del derecho internacional son las que atañen a la estabilidad mundial: la agenda de la guerra y la paz, y la agenda del desarrollo y la justicia social en el mundo. Los grandes cambios han globalizado las respuestas a estas grandes amenazas al deseo de una convivencia productiva y pacífica. El esfuerzo internacional para eliminar el origen de los conflictos tiene, de nuevo, en la creación del derecho, en el acuerdo, su más firme resolución.

La carrera de armamentos explica en gran medida la peligrosidad de los conflictos regionales que atravesamos actualmente. Los compromisos en materia de reducción de armamento, particularmente nuclear y químico, y los acuerdos para reducir el tráfico de armas son puntos nodales para la paz en el decenio de 1990.

Hay signos alentadores. El acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para eliminar las armas nucleares de corto y mediano alcance y el entendimiento para la reducción de un 50% de sus arsenales nucleares estratégicos de largo alcance, son factores muy positivos. Ello ha contribuido a un ambiente propicio para las negociaciones europeas sobre desarme convencional y ha incidido favorablemente en un más extenso clima de distensión. El respeto a los demás, dentro de cada nación y entre Estados, es el fundamento político de la negociación y el principio que sustenta el derecho internacional. Llamamos a sumarse, en nuestro continente y en el mundo entero, a Tratados como el de Tlatelolco y el de Rarotonga. Abatamos armamentos convencionales y presupuestos militares. Que el ahorro del mundo se canalice al desarrollo y no a la destrucción.

La búsqueda de la paz nos lleva a reconocer la concertación regional como uno de los caminos más idóneos para crear condiciones propicias a la negociación. Centroamérica, istmo doloroso de nuestro continente, se ha abatido por más de una década en la beligerancia y el agotamiento de las economías. México, de manera bilateral primero, multilateral después, a través del Grupo de Río y del Pacto de San José, ahora, ha promovido, con

respeto, el fin del conflicto y el inicio de una etapa de desarrollo. La pacificación regional depende, en primer lugar, de la labor tenaz de los países de la zona, una de cuyas mejores expresiones fueron los Acuerdos de Esquipulas. Los Gobiernos centroamericanos han encontrado el camino hacia la reconciliación y la paz. Reclaman y merecen el apoyo internacional a ese esfuerzo. Los recursos entregados a las partes beligerantes durante el tiempo del conflicto deben llegar ahora a los gobiernos responsables para el desarrollo de la región. Es alarmante ver que no está ocurriendo así. Dada la dinámica demográfica de la región y sus carencias ancestrales, no hay paz duradera que no se sustente en la mejoría económica.

Los grupos regionales para la paz son insustituibles. El empeño en la solución del conflicto de Camboya cuenta con la decidida participación de los miembros de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN) y otros países de la región. El avance en los problemas del Africa meridional ha descansado, en gran medida, en los esfuerzos de los países de la línea del frente. El acuerdo regional es garantía para los procesos de pacificación. Esperamos de los países miembros de la Liga de los Estados Arabes su colaboración invaluable para una pronta solución a los problemas del Golfo Pérsico.

Otra guerra de dimensiones globales se libra contra el narcotráfico y el terrorismo, cada vez más unidos en una complicidad criminal contra el hombre. También aquí, se ha aceptado un nuevo concepto que recoge su verdadera naturaleza internacional y elimina el pretexto para no actuar. Es una cadena de terror que incluye la producción, la distribución y el consumo como partes de una y la misma amenaza.

Es necesario, simultáneamente, ofrecer opciones productivas en los lugares de la siembra, combatir al traficante, educar y rehabilitar a los que acceden al consumo. La Convención de Viena de 1988 sobre el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y la elaboración de un plan mundial de acción constituyen esfuerzos muy alentadores. Confiamos en que la nueva estructura de los organismos de las Naciones Unidas coadyuvará de manera efectiva a enfrentar multilateralmente este flagelo.

Para México, el narcotráfico es una amenaza no sólo a la salud de nuestra juventud, sino un enemigo de la seguridad nacional y de la fortaleza de las instituciones. En esta guerra contra el narcotráfico, México ha perdido, sólo durante mi administración, más de 100 vidas humanas; hemos apresado a más de 20.000 narcotraficantes y hemos librado a los jóvenes del mundo de 7.000 millones de dosis de marihuana y 3.000 millones de dosis de cocaína y heroína al requisar drogas por un valor equivalente, en las calles donde se consumen, a 120.000 millones de dólares. Así de serio es el compromiso de México contra el narcotráfico. Pero no debemos olvidar que es la razón de la ley la que impera en su combate. No podemos permitir violación de derechos en su persecución y, por eso, mucho menos la violación a la soberanía de los Estados con el mismo pretexto. La más firme determinación, la más amplia colaboración respetuosa es, como en toda cuestión de guerra o paz, la solución civilizada.

La falta de desarrollo y de progreso social tiene el mismo potencial de disrupción de la estabilidad mundial como el del conflicto y la guerra. Las esperanzas más fundadas en una nueva era multipolar, una era de respeto y colaboración, no significarán mucho si el aliento al crecimiento y al empleo productivo que alivie la pobreza se ve cancelado por proteccionismos, por términos negativos de intercambio, por la transferencia neta de recursos del sur hacia el mundo industrializado. Conciérne a todos la grave grieta que se profundiza entre ricos y pobres.

El deterioro del medio ambiente y la contaminación globales lastiman el desarrollo social y devalúan los esfuerzos productivos de nuestras naciones. Este problema, cuyo origen y consecuencias rebasan las fronteras nacionales, demanda una solución multilateral. Desarrollo y ecología son compatibles si aceptamos todas responsabilidades en el medio ambiente, si los recursos y las tecnologías se canalizan a las naciones en vías de desarrollo para dar

opciones no depredadoras a sus habitantes. Reglas de convivencia que no incluyan a las naciones en vías de desarrollo en la construcción de la prosperidad ignorarían la razón de ser de la comunidad internacional y perderían los beneficios de la paz. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo, de 1992, deberá ser un parteaguas en el compromiso invariable de la comunidad de naciones para aliviar los efectos nocivos del deterioro ambiental.

México hace su parte y busca equilibrar su industrialización con un medio sano; protege a la ballena, al delfín, a la docena de especies de tortugas de las 14 que existen aún en el mundo y que desovan en nuestras playas. Protegemos más nuestros bosques tropicales y participamos activamente en la estrategia mundial para prevenir los cambios climáticos globales. Buscamos más cooperación, sobre todo financiera y tecnológica, para atacar los problemas de contaminación en la ciudad de México. Esta lucha es por la civilización, la que nos sigue, la que no podemos abandonar sin renunciar a nuestra naturaleza.

En medio del inmenso caos que produjo en Europa la Revolución Francesa hace ya dos siglos, en un mundo repentinamente huérfano de referencias, donde amenazaban nuevas formas de despotismo, un filósofo de su tiempo y de todos los tiempos supo, con entusiasmo pero con prudencia, discernir entre el derecho universal, la promesa de la paz perpetua entre las naciones, y el respeto a la libertad de todos. Hoy, cuando el fin de la guerra fría está cambiando la geopolítica mundial, cuando los pueblos de Europa del Este se reencuentran con la magnificencia y los riesgos de la libertad, cuando, al mismo tiempo, surgen peligros de conflagración bélica de inusitadas consecuencias y cobran prioridad problemas inéditos, debemos regresar a los principios de esa reflexión centenaria.

¿Cuál debe ser el futuro de nuestra Organización? Las circunstancias propicias al fortalecimiento de las Naciones Unidas obligan a la responsabilidad. Los impulsos del momento actual conllevan el riesgo de invitarnos a actuar apresuradamente, de imaginar para las Naciones Unidas funciones que van más allá de lo establecido en su Carta constitutiva, de lo que están dispuestos a emprender todos sus Estados Miembros. Por eso, reflexionemos en nuestra condición contemporánea para proponernos un futuro, no sin problemas, pero sí con reglas comunes para poder resolverlos.

Lo impostergable es la vigencia de los principios fundamentales establecidos en la Carta de la Organización, que son también los principios de México. La interdependencia del mundo moderno y la convicción de que hay problemas globales cuya solución sólo puede alcanzarse mediante la acción internacional han llevado a ciertos círculos a poner en duda la vigencia de dichos principios. Se trata de una apreciación errónea; las formas más avanzadas de organización internacional surgidas en épocas recientes han tenido como punto de partida los derechos gemelos de integridad territorial y soberanía política. En ella reside la legitimidad última de esta Organización y de ella parte la posibilidad de lograr acuerdos dirigidos a una acción internacional constructiva y eficaz. Los Estados son la arena de la autodeterminación y sólo mediante el respeto a ellos es posible la determinación internacional.

El reto de nuestro tiempo es reconocer que las tendencias hacia la globalización obligan a la vigencia del derecho internacional para fijar las reglas de la cooperación, frente a problemas, de suyo, internacionales. Pero nunca supone diluir la soberanía de los Estados bajo el pretexto de una supuesta comunidad mundial de individuos. No caigamos de nuevo en el error de construir una racionalidad universal que pretende hacer tabla rasa de la historia de los pueblos. Sólo es posible ver al mundo en su conjunto porque detentamos un punto de vista, el nuestro, el de cada nación. Por eso persiste y se profundiza el apego a los valores, a la historia, a la cultura que es el cemento de la sociedad. Soberanía y democracia son indispensables en un mundo de interdependencia. Sólo así, autogobernarse permite comprometerse, ligarse, abrirse hacia la comunidad de naciones. Sólo en la distensión real pueden esperarse transformaciones auténticas.

Defender y promover la interrelación soberana de las naciones con apego al derecho no se riñe sino necesita la certeza de la identidad nacional. Ya no caben los pretextos de la escala de los grandes problemas del mundo para perseguir nuevas formas de intervención y hegemonía. Para cada ciudadano, para cada familia y cada sociedad formar una comunidad política es un valor decisivo. Sólo se puede ser un interlocutor internacional, si se es un actor soberano y respetado por la misma comunidad internacional. En las palabras del internacionalista mexicano Genaro Estrada: "ningún país debe pedir lo que por soberanía de su propio pueblo tiene derecho a recibir".

La incertidumbre sobrecoge, pero alimenta también oportunidades no exploradas. Más que otros tiempos, éste nos ofrece condiciones inéditas para el encuentro constructivo entre las naciones. Para aprovecharlo, hay que desechar el temor de lo ajeno. Proteger efectivamente a las naciones requiere desplegar sus capacidades y no limitarlas, interactuar y llegar a acuerdos y no responder unilateralmente, confiar en lo propio para vivir intensamente la historia universal, que ya es una y la misma y también de todos. ¿Estamos preparados para darle un espacio a la política y a la diplomacia, para que trabajen, a pesar de sus limitaciones y sus lentos resultados, sus inevitables como indispensables compromisos?

La idea democrática universal es, en este sentido, el gran legado del fin del siglo. A pesar de su fragilidad, se está construyendo en todo el mundo, frente a resistencias agotadas, aun cuando todavía peligrosas. La idea democrática recobra la complejidad de las sociedades actuales: el acuerdo entre hombres y mujeres diferentes que quieren productivamente y en comunidad, seguirlo siendo; el respeto a su dignidad, a sus derechos elementales, la suma de talentos libres, capaces de enfrentar retos de estatura universal. Surge, en cierta forma, una nueva utopía, más rica que sus antecesoras, porque nace de una confrontación efectiva entre principios doctrinarios y realidades históricas. Si tan sólo ese legado nos deja el siglo XX, habrá cumplido su aportación al hombre. Para todas las naciones, sin embargo, el camino es muy largo y el ideal está aún lejos de colmarse.

La justicia mundial debe ser la herencia para el siglo XXI. El afán democrático tiene que reconocer la necesidad de alcanzar las condiciones que hacen posible el ejercicio de las libertades políticas y civiles y les permiten florecer y hermanar a los hombres. El esfuerzo es, sin duda, primero interno, nacional y permanente. Pero demanda también la participación de la comunidad internacional a través de sus instituciones, en apoyo de los sacrificios que pueblos enteros hacen por una vida más próspera.

El derecho internacional cobrará así su mayor relevancia. Será porque la interrelación de los intereses y la globalización de los valores políticos conducen necesariamente a la solución conjunta de los problemas comunes. El vínculo indudable entre el desarrollo y la paz, obliga a dialogar y actuar de acuerdo a derecho.

México ha mantenido y mantendrá siempre un firme compromiso con una política de principios. Creemos en el derecho como fundamento de una cultura del respeto entre las naciones. Creemos en la democracia como medida de la voluntad propia de los pueblos. Buscamos una más arraigada justicia, en nuestro país y entre las naciones. No podía ser de otro modo, porque tenemos la convicción, por historia y geografía, de que los principios internacionales de México y de las Naciones Unidas constituyen el marco de acción que mejor promueve nuestro interés. El derecho, en definitiva, constituye un límite objetivo, aunque por desgracia todavía no insalvable, al ejercicio arbitrario del poder.

Las Naciones Unidas representan la forma más acabada de organización política de interrelación soberana de Estados. En la medida en que se incrementa la interdependencia entre éstos, crece igualmente la necesidad de avanzar hacia estadios más eficaces de organización. Que la tarea de las Naciones Unidas para el siglo XXI sea por una justicia democrática en el mundo.

Los acontecimientos más importantes de la historia consisten siempre en la realización de eventos que se habían tenido por imposibles. En vano se pretenderá poner coto a los avances del hombre libre, pero es todavía más inútil el querer limitar los efectos del compromiso para la acción con buena voluntad. Tenemos hoy la posibilidad de contar en las Naciones Unidas con una Organización mundial que ponga por delante el respeto al derecho internacional y a los principios de su Carta constitutiva; que sea garante de la búsqueda de soluciones a los problemas globales de nuestro tiempo y que defienda la relación indisoluble entre paz y desarrollo. En síntesis, una Organización promotora del respeto como valor fundador de la democracia y de la cooperación abierta y equitativa para consumir la justicia internacional.

Sólo por esta vía habrá esperanza para el mundo.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos por el importante discurso que acaba de formular.

El Sr. Salinas de Gortari, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA (continuación)

DEBATE GENERAL

Sr. PAASIO (Finlandia) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: Es un gran placer para mí ver a usted, distinguido representante de la República de Malta, conducir los trabajos de este período de sesiones de la Asamblea General y le deseo el mejor de los éxitos en el desempeño de su tarea. Finlandia ha colaborado estrechamente con Malta tanto en Europa como en las Naciones Unidas. Sabemos que nuestros países comparten ideas fundamentales sobre el orden mundial y también sobre nuestra Organización.

Aprovecho la oportunidad para dar las gracias a su predecesor, el Sr. Joseph Garba, de Nigeria, por los destacados servicios que prestó a la Asamblea General durante el anterior período de sesiones.

En Europa se recordará a 1989 como un año de grandes cambios, como un avance importante en la realización de la voluntad popular. El año 1990 es de consolidación y elecciones confirmando la tendencia del cambio. Celebramos estos hechos, y celebramos en particular el espíritu de libertad y democracia que ha animado el cambio pacífico en Europa y en otras partes.

Por ello es más trágico aún que en 1990 la humanidad haya tenido que presenciar una agresión particularmente flagrante del Iraq contra Kuwait. De ahí que este año se haya convertido para las Naciones Unidas en un año de acción colectiva frente a la agresión. La comunidad internacional ha mostrado solidaridad y decisión al aplicar las sanciones ordenadas por el Consejo de Seguridad con motivo de la ocupación de Kuwait.

La respuesta de las Naciones Unidas representa un gran progreso en cuanto a la capacidad de la Organización mundial para estar a la altura de sus ideales y obrar en defensa de la libertad, la soberanía y la integridad de uno de sus Estados Miembros.

Finlandia es de la firme opinión de que los problemas políticos deben resolverse en todas partes por medios pacíficos y que el cambio social y político debe producirse también en paz. Este principio se aplica al Oriente Medio, al Golfo Pérsico y a otras zonas de crisis del mismo modo que se aplica en Europa.

Europa se encamina a una nueva existencia sin enfrentamientos y sin la guerra fría. Todavía no estamos seguros de cómo será la nueva Europa en sus pormenores, pero confiamos en que brinde a todos sus habitantes la oportunidad de vivir dignamente y en libertad, sin discriminación y sin temor.

Lo que es seguro, y más aún, gratificante, es que Alemania será una pasada mañana. La reunificación alemana será una piedra angular para la nueva Europa sin divisiones dentro del marco de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). La reunión de alto nivel que han de celebrar en París el próximo noviembre los países integrantes de esta Conferencia será un hito en este proceso.

Queda mucho por hacer para satisfacer las aspiraciones de los pueblos de nuestro continente. Al mismo tiempo, la nueva Europa no puede olvidar las necesidades del resto del mundo. Por el contrario, necesitará a todos los demás continentes y debe estar abierta a ellos.

Está en curso la edificación de una nueva estructura de paz en aquella región, pero ya existen las ideas y los principios que la informan, que de hecho se evidencian aquí mismo, en esta Organización, ya que son universales. El nuevo proceso que se está dando en Europa deriva directamente de los principios de la libre determinación nacional, la libertad política y la justicia social.

Pensamos que deben sacarse importantes lecciones de los últimos acontecimientos ocurridos en Europa.

En primer lugar, se ha visto claramente que las ideas de libertad, democracia y derechos humanos son tan poderosas que tarde o temprano se han de reafirmar a sí mismas. Esto no significa que por ello la humanidad haya llegado al final de la historia, como algunos han afirmado. Se ha de hacer frente a importantes y difíciles retos tanto en los distintos países como en la cooperación a escala mundial.

En segundo lugar, el abandono de los regímenes totalitarios en varios países europeos y en otros países también ayuda a incrementar la confianza y la seguridad internacionales. Está muy avanzada en Europa la reducción de los enfrentamientos militares. En el largo plazo ello debe hacer que sea posible dedicar cada vez más recursos a otras necesidades acuciantes en lugar de a armamentos.

En tercer lugar, parece haber desempeñado un importante papel en la dinámica hacia el cambio una conciencia incipiente de las prioridades mundiales. Esto es importante para las nuevas direcciones que deben darse a la cooperación en el decenio de 1990 y en los años siguientes.

Esta nueva conciencia se siente fuertemente en Europa, pero en verdad es mundial y está presente en todas las partes del mundo. Es la misma conciencia que impulsó a la Asamblea General hace cinco meses a convenir unánimemente sobre la Declaración sobre la cooperación económica internacional. Esta es una de las fuerzas que impulsan los preparativos para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo que deberá tener lugar en Brasil en 1992. La idea del desarrollo sostenido debe guiar ahora la labor preparatoria de la Conferencia así como los preparativos para la nueva Estrategia Internacional del Desarrollo que la Asamblea General esbozará durante el presente período de sesiones.

Los problemas que figurarán en el programa de la Conferencia de 1992 requieren acción urgente por parte de los gobiernos. Requieren acción ahora, y requieren políticas de largo plazo. Me refiero, por ejemplo, a políticas para reducir las emisiones de dióxido de carbono y otras sustancias que tienen un efecto directo sobre el clima de la Tierra en su conjunto.

Durante decenios, los gobiernos han apoyado la idea del desarrollo, y el desarrollo se ha interpretado en general como la combinación del crecimiento y el cambio - a veces quizás sólo como el crecimiento del producto nacional bruto. En la actualidad, sabemos que se necesita un concepto más amplio. Acogemos con satisfacción que en los preparativos para la Conferencia de 1992 se haga hincapié en forma combinada en la protección del medio ambiente y el desarrollo, porque a la larga uno no es posible sin el otro. Acogemos con satisfacción que se haga hincapié en el desarrollo humano, que debe conducir a que la humanidad se libre de las enfermedades, la ignorancia y la represión política.

No obstante, es cada vez más difícil prever de qué forma los recursos de la Tierra podrán abastecer a una población mundial que crece en forma constante. El desarrollo y la dignidad del ser humano no se pueden lograr con las tasas actuales de crecimiento demográfico. Todos los individuos deben poder gozar en condiciones de igualdad los beneficios del desarrollo, los derechos humanos y la paz.

En este debate general no es suficiente hablar sólo acerca de tendencias generales y desafíos mundiales. Es necesario abordar también algunas cuestiones y problemas específicos.

Permítaseme en primer lugar expresar la satisfacción de mi país ante la constante tendencia hacia la universalidad plena en la composición de las Naciones Unidas. Hace menos de dos semanas, nos complacimos en recibir al Estado Miembro más reciente, el Principado de Liechtenstein, un país con el que Finlandia ha colaborado estrechamente en el proceso de fomento de la seguridad y la confianza en Europa.

Este año dimos la bienvenida también a la República de Namibia como Estado Miembro de las Naciones Unidas. La independencia de Namibia, después de un largo proceso que culminó en elecciones libres y limpias, es un testimonio de la capacidad de las Naciones Unidas de promover cambios

pacíficos. La Constitución de Namibia, basada en el pluralismo, puede servir como modelo para otros países de Africa y de otras partes del mundo.

La atención se concentrará ahora más en Sudáfrica, donde se requiere un cambio político de gran alcance. Reconocemos el cambio real que ya se ha producido en Sudáfrica. Las medidas adoptadas para eliminar algunas partes del sistema de apartheid son pasos en la dirección correcta, y los acogemos con beneplácito. Nos alientan las afirmaciones formuladas por el Gobierno de Sudáfrica en el sentido de que el proceso de cambio es irreversible.

Guiados por su compromiso con un proceso de negociación pacífico, el Gobierno de Sudáfrica y los representantes de la población mayoritaria deben sentar ahora las bases que brinden a todos los sudafricanos, independientemente del color de su piel, una responsabilidad común, un interés común en el futuro de su país. Al mismo tiempo que se abren caminos para el cambio pacífico, existe la necesidad concomitante de que todos renuncien a la violencia como medio de afrontar los acuciantes problemas de Sudáfrica. El diálogo debe ayudar a fomentar la confianza y a superar los temores. El progreso exigirá moderación y comprensión mutuas.

Finlandia mantiene la situación de Sudáfrica bajo constante y atento examen. No consideramos oportuno el levantamiento de las sanciones que Finlandia impuso a Sudáfrica hace algunos años en virtud del Programa Nórdico de Acción contra el Apartheid, dado que el apartheid todavía sigue estando allí. No obstante, en reconocimiento del cambio que se ha producido, hemos modificado las directrices relativas al otorgamiento de visas a ciudadanos sudafricanos. De esa manera, deseamos facilitar los contactos que puedan contribuir a un diálogo más amplio en Sudáfrica. Si las reformas que se están realizando en Sudáfrica continúan, y así lo esperamos, examinaremos otras políticas de Finlandia con respecto a Sudáfrica.

Existe una región del mundo que todavía no forma parte de la tendencia hacia el cambio político pacífico: la región del Oriente Medio.

Todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas nos vemos ahora afectados por la agresión del Iraq contra Kuwait y la ocupación que se mantiene desde principios de agosto. Todos los Estados Miembros estamos comprometidos en nuestro esfuerzo común por expulsar al agresor y lograr una retirada completa de las fuerzas iraquíes del país ocupado. Nadie puede dejar

de preocuparse por el destino de cientos de miles de civiles inocentes, kuwaitíes y de otras nacionalidades, muchos de los cuales escapan en un estado de indigencia y de pánico, así como por las horribles noticias que se filtran desde el propio Kuwait ocupado.

Todo esto demuestra que los esfuerzos internacionales por poner fin a la ocupación no son suficientes. Se requiere la solidaridad y la generosidad de todos nosotros para ayudar a las personas que sufren y para restablecer el orden y el bienestar.

La propia experiencia de Finlandia nos dice que debemos trabajar sobre todo en pro del fortalecimiento de los principios del derecho internacional que protegen los intereses de todas las naciones, en particular los de las más pequeñas. El respeto de esos principios es esencial para nuestra propia existencia y para nuestra propia independencia. La independencia e integridad de Kuwait son para Finlandia una cuestión de importancia vital.

Si fuera necesario, las Naciones Unidas no deben abstenerse de adoptar nuevas medidas para vencer a la agresión y defender el principio de la seguridad colectiva.

La búsqueda de la paz y la seguridad internacionales ha impulsado a Finlandia a prestar servicios a las Naciones Unidas en otros lugares del Oriente Medio donde las necesidades de paz y estabilidad y el fin de la ocupación no son menos urgentes. La tirantez en la región la experimentan constantemente también casi 1.000 soldados finlandeses que prestan servicios en las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz. Con respecto a esa región, el mundo ha esperado ya durante demasiado tiempo la adopción de medidas decisivas que pasen del mantenimiento de la paz a la pacificación.

Es evidente para nosotros que Israel y los palestinos deben vivir en paz como vecinos, con respeto pleno de los derechos de cada uno, incluidos, naturalmente, el derecho de Israel a existir dentro de fronteras seguras y reconocidas y el derecho de los palestinos a la libre determinación. Deben ponerse en práctica las resoluciones harto conocidas del Consejo de Seguridad. El camino hacia el progreso puede incluir elecciones, negociaciones y una conferencia internacional de todas las partes interesadas, incluida la Organización de Liberación de Palestina.

Las políticas que aplica actualmente Israel en los territorios ocupados han agravado la situación en lugar de sentar las bases para el progreso hacia una solución política amplia.

Esta Organización fue creada para ayudar a las naciones a que logren cambios en ellas mismas y en el mundo por medios pacíficos. Ese sigue siendo el objetivo de las Naciones Unidas. Esa es la clase de cambio a que me he referido y que hoy acogemos con satisfacción. Al mismo tiempo, estamos comprometidos, en virtud de la Carta, a no tolerar los cambios impuestos por la violencia. Esos son los dos desafíos que afrontan ahora las Naciones Unidas. Enfrentémoslos juntos.

Sr. TSHERING (Bhután) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: tengo el honor de transmitirle a usted y, a través de usted, a todos los representantes los calurosos saludos y los buenos deseos de Su Majestad Jigme Singye Wangchuck, Rey de Bhután, de éxito del cuadragésimo quinto período de sesiones de la Asamblea General.

Permítame que aproveche esta oportunidad para transmitirle las felicitaciones de mi delegación por su elección como Presidente de este período de sesiones de la Asamblea General. Dada su sabiduría y su experiencia, estoy seguro de que usted conducirá nuestros debates a conclusiones exitosas. También deseo dejar constancia oficial de nuestro aprecio por la forma excelente en que el Sr. Joseph N. Garba dirigió los trabajos de nuestro último período de sesiones.

La completa y penetrante Memoria anual de nuestro Secretario General merece nuestro mayor encomio. Los pueblos de todo el mundo se han complacido de ver el potencial de las Naciones Unidas y de ver que se cumplen las grandes esperanzas puestas en ellas. Este renacimiento de la estimación de la Organización es en gran medida fruto de los esfuerzos incansables del Secretario General y de sus colaboradores de alto nivel en el sistema de las Naciones Unidas.

Vivimos en unos tiempos cuajados de retos. La marea de cambio ha alcanzado magnitudes sin precedentes. Los muros físicos que dividían pueblos y naciones se han reducido a escombros. Se han desmantelado las barreras ideológicas. La desconfianza y el odio han dado paso al entendimiento y la cooperación. Se han superado años de hostilidad entre las superpotencias y sus aliados. Ha comenzado una época verdaderamente nueva en sus relaciones bilaterales. En un período notablemente corto de tiempo el mundo ha experimentado una tendencia irreversible hacia la reconciliación entre naciones que hasta no hace mucho eran acérrimas enemigas. Debemos alentar esta tendencia creciente hacia la reconciliación para garantizar la paz y el progreso mundiales duraderos.

Los cambios de proporciones históricas recientes han conducido en Europa a una integración sin precedentes. La unificación de Alemania, que nosotros acogemos con mucho agrado, se ha hecho realidad. Confiamos en que una Alemania fuerte y unida hará contribuciones valiosas a Europa y al mundo.

Todo esto ha abierto nuevas oportunidades para el crecimiento y el desarrollo en el mundo. Las repercusiones positivas de la mejora de las relaciones entre superpotencias son también evidentes en la reducción de las diferencias en muchos conflictos regionales y, en algunos casos, en su resolución. Namibia es un ejemplo palpable. Su independencia y su acceso como Estado Miembro a las Naciones Unidas en fechas anteriores de este año fue la culminación lógica de la prolongada y dura lucha contra el colonialismo. Incluso en Sudáfrica, se vislumbra una nueva era. La liberación de Nelson Mandela ha puesto efectivamente en movimiento el proceso inevitable hacia la libertad, la equidad y la justicia. Esperamos que el inicio de negociaciones para una nueva constitución, que consagre la realidad del poder compartido, conduzca en breve al establecimiento de una Sudáfrica unida y no racista. Hasta que se elimine el apartheid y asuma el poder un gobierno representativo, mi delegación apoya el mantenimiento de las sanciones económicas.

El espíritu de cooperación creciente en las relaciones internacionales es patente en la cooperación de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad para poner fin a la tragedia camboyana. Agradecemos su iniciativa y los esfuerzos de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN) en la búsqueda de una solución duradera al problema de Camboya. El marco que define los elementos clave para un arreglo político acordado por los cinco miembros permanentes, y apoyado ulteriormente por las partes interesadas como base para arreglar el problema durante la reunión de Yakarta, nos da motivos para sentirnos optimistas. Aplaudimos el establecimiento del Consejo Nacional Supremo como preludio para el restablecimiento de la independencia y la integridad territorial del país bajo un gobierno verdaderamente representativo.*

La situación en el Afganistán se aborda con realismo. Las luchas intestinas resultantes de las repercusiones del choque de intereses ajenos ha relegado a un segundo plano las preocupaciones y sensibilidades del pueblo del Afganistán y han socavado los Acuerdos de Ginebra. Acogemos con beneplácito la reciente iniciativa de las dos superpotencias de salir del estancamiento actual y apoyamos cualquier esfuerzo que conduzca a un gobierno de amplia base y que permita una solución efectiva y duradera del problema.

* El Sr. Sutresna (Indonesia), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Al acabar la guerra fría y al iniciar las Naciones Unidas su protagonismo en el fomento de la paz y la cooperación internacionales, ha llegado el momento de que las Naciones Unidas liquiden el único legado viviente de la guerra fría, la cuestión de la pertenencia de la República de Corea a las Naciones Unidas. En la comunidad internacional actual, la República de Corea es el único país que sigue fuera de las Naciones Unidas a pesar de su firme deseo de convertirse en Miembro. La República de Corea es hoy un miembro importante de la comunidad mundial, que mantiene relaciones diplomáticas con 143 países y goza de la condición de miembro de pleno derecho en la mayoría de las organizaciones internacionales, incluyendo 15 organismos especializados de las Naciones Unidas. A nuestro juicio, la admisión de la República de Corea como Miembro de las Naciones Unidas tiene que determinarse estrictamente sobre los méritos del caso y en consonancia con los requisitos que establece la Carta para ser Miembro. La cuestión de la pertenencia de la República de Corea a la Organización no tiene que estar sujeta a consideraciones ajenas al tema, como la solución de problemas intercoreanos. Mi delegación, en consecuencia, apoya firmemente la admisión de la República de Corea como Miembro de las Naciones Unidas.

Sin embargo, la paz y la diplomacia no han prevalecido en el Oriente Medio. Cuando el mundo empezaba a confiar y a valorar el naciente orden internacional basado en el imperio de la ley, la confianza de la comunidad internacional se vio brutalmente sacudida por los recientes acontecimientos en el Oriente Medio. La descarada utilización de la fuerza por el Iraq para sanjar su controversia con Kuwait es una violación flagrante de la Carta de las Naciones Unidas y de los principios fundamentales del Movimiento de los Países No Alineados y es contraria a todas las normas de comportamiento internacional. El respeto de la soberanía, la integridad territorial, la no intervención y la no injerencia en los asuntos internos de los Estados son principios cardinales que rigen las relaciones entre naciones. A menos que se obligue al Iraq a restituir los logros mal adquiridos mediante el embargo económico y cualesquiera otros medios que las Naciones Unidas consideren apropiados, ningún Estado pequeño del mundo estará seguro en el futuro. Y no olvidemos que la inmensa mayoría de los Miembros de las Naciones Unidas son Estados pequeños.

La manera en que se resuelva la crisis del Golfo determinará cómo se va a mantener el orden político internacional en el mundo de la posguerra fría. En este contexto, fue alentador ver que las Naciones Unidas hablaran con una sola voz frente a este gran reto. Igualmente importante fue el primer ejercicio de gestión conjunta de una crisis por las superpotencias. Esto es patente en las diversas resoluciones aprobadas en el Consejo de Seguridad y que nosotros apoyamos plenamente. Por fin vimos al Consejo de Seguridad resurgir de las cenizas de la guerra fría para desempeñar el papel previsto para él por los fundadores.

Mi país se ha unido a otras naciones amantes de la paz para condenar la agresión iraquí y pedir su retirada inmediata e incondicional de Kuwait. No reconocemos la anexión iraquí del Estado de Kuwait. Defendemos la soberanía y la integridad territorial de Kuwait y del Gobierno legítimo de Su Alteza El Jeque Jaber Al-Ahmad Al-Sabah, Emir de Kuwait. Exhortamos al Iraq a que cumpla las resoluciones del Consejo de Seguridad y solucione sus diferencias con Kuwait por medios pacíficos, mediante el diálogo y la negociación.

La primera crisis de la era posterior a la guerra fría constituye un duro golpe. ¿Acaso el orden mundial, construido con tanto trabajo a lo largo de los años, tiene que desintegrarse por este desafortunado incidente? Esto exige que contemos con mecanismos destinados no sólo a arreglar las controversias sino a prever y evitar conflictos. En su Memoria sobre la Labor de la Organización, de 1989, el distinguido Secretario General dijo:

"Los esfuerzos por prevenir conflictos posibles, reducir el riesgo de la guerra y lograr arreglos definitivos de las controversias, sean nuevas o de larga data, son parte integral de toda estrategia de paz digna de crédito." (A/44/I, pág. 11)

Estas sabias palabras merecen nuestro apoyo incondicional. Creemos que las Naciones Unidas deben desempeñar un papel fundamental en la creación de esta estructura de seguridad colectiva. Al respecto, apoyamos plenamente la propuesta del Ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Sr. Eduard A. Shevardnadze, respecto de la reactivación de las labores del Comité de Estado Mayor del Consejo de Seguridad. Este organismo no sólo permitiría a las Naciones Unidas aplicar sus decisiones sino que también proporcionaría un mecanismo para la preparación y la coordinación de la acción.

Saliéndome un poco del tema, quisiera expresar nuestro profundo agradecimiento y admiración al Sr. Shevardnadze por su brillante alocución ante el actual período de sesiones de la Asamblea General. Sus comentarios visionarios y oportunos dicen mucho a favor de él y de su gran líder, el Presidente Gorbachev, quien con su cordura política ha hecho más que cualquiera por introducir un nuevo orden político más humano en el mundo.

La saga de la lucha del pueblo palestino por la justicia y la libertad continúa. Durante casi tres años la intifada ha sobrevivido, contra todas las probabilidades, y se ha convertido en el símbolo del resurgimiento del nacionalismo palestino. El mundo no puede permitirse el lujo de hacer caso omiso de ella, ni mucho menos negarla. Mi país ha apoyado siempre el derecho de todas las naciones de la región a vivir en paz dentro de fronteras seguras, lo que se aplica igualmente al pueblo palestino, que tiene todo el derecho a una patria independiente. A nuestro juicio, la actual crisis del Golfo subraya una vez más la urgente necesidad de solucionar la cuestión de Palestina; de no hacerlo, el Oriente Medio, con sus vastas reservas de petróleo, seguirá representando una amenaza constante para la paz y la estabilidad mundiales. Al respecto, pedimos la pronta convocación de una conferencia internacional para la solución de la cuestión de Palestina.

La teoría de la contención y la disuasión ha perdido gran parte de su atractivo y pertinencia. Ahora que han desaparecido la paranoia y los prejuicios que predominaban en las relaciones entre las superpotencias durante la guerra fría toda la percepción de sus arreglos tradicionales sobre seguridad ha sufrido un cambio espectacular. Actualmente sostienen un diálogo altamente constructivo sobre desarme, disipando la amenaza de un holocausto nuclear. Sin embargo, lamentablemente, mientras el diálogo entre las superpotencias está entrando en una fase productiva, es irónico que en muchos países exista una tendencia hacia el incremento de sus arsenales bélicos. Aparte de la incertidumbre respecto del alcance de la proliferación de las armas nucleares han aparecido pruebas fehacientes de la adquisición de armas químicas y bacteriológicas por un gran número de países. Igualmente lamentable es el desvío masivo de recursos de los países en desarrollo hacia gastos militares, a costas de las necesidades fundamentales de sus pueblos.

El deshielo de la guerra fría y los dividendos de la paz que trae consigo ofrecen la oportunidad de subrayar una vez más la relación entre desarme y desarrollo. Ha llegado el momento de reducir los gastos de defensa y orientar los recursos financieros y productivos hacia la solución de los problemas urgentes en el mundo. Esperamos que la comunidad internacional

dé forma y sustancia al concepto de desarrollo mediante el desarme y no utilice las incertidumbres actuales para restablecer los gastos de defensa. En este ánimo, reiteramos nuestra exhortación para la convocación de un cuarto período extraordinario de sesiones dedicado al desarme.

Muchos opinan que los logros en el escenario político no han sido igualados en la esfera de la cooperación económica. La economía mundial sigue cuajada de incertidumbre. El muro que divide a los países desarrollados y los países en desarrollo sigue en su lugar. Sus relaciones se siguen viendo afectadas por graves disparidades y desigualdades. Sin embargo, creemos que hay razones para no desesperarnos. Los acontecimientos ocurridos durante el año transcurrido han creado nuevas y excitantes oportunidades. El incremento de la cooperación entre las grandes Potencias, la integración de los países de Europa oriental en el sistema económico mundial y el clima internacional relativamente pacífico han generado un mayor deseo de abordar los problemas del actual sistema económico mundial.

El consenso sobre la convocación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo, a celebrarse en Brasil, en 1992, y la creación del Comité Preparatorio son indicios de una convergencia de opiniones entre los Estados Miembros sobre la cuestión vital del medio ambiente. La urgente necesidad de una acción colectiva se apoya en una serie de evidencias científicas sobre la disminución de la capacidad del medio ambiente de sostener la vida. Estos retos ambientales ya no se limitan a naciones o regiones sino que son mundiales en su alcance y ponen en peligro la supervivencia misma de la humanidad. En efecto, es solamente la fuerza de nuestra decisión de superar nuestros estrechos intereses nacionales y actuar en unidad y armonía mundiales lo que determinará el destino de las generaciones futuras. Esperamos que la Conferencia de 1992, a celebrarse en Brasil, represente un hito en los esfuerzos colectivos internacionales por reparar el daño y corregir los desequilibrios ecológicos que amenazan nuestro frágil planeta.

La Cumbre Mundial en favor de la Infancia fue un acontecimiento sumamente importante ya que constituye la reafirmación de nuestras obligaciones en virtud de la Carta de las Naciones Unidas de "preservar a las generaciones venideras". Esta Cumbre fue una ocasión solemne para redescubrir esta verdad

y reorientar nuestra atención hacia las necesidades de los niños. También fue un reconocimiento de que los recursos humanos son tanto el medio como el fin del desarrollo. El compromiso conjunto reflejado en la Declaración de la Cumbre representa un paso concreto destinado a garantizar la supervivencia y el bienestar de los niños, como una medida para garantizar el éxito de los esfuerzos de desarrollo. Quisiera aprovechar esta oportunidad para encomiar al dedicado Director Ejecutivo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), Sr. James P. Grant, por su incansable cruzada en pro de los niños del mundo.

Mi delegación se siente complacida por los resultados de la Segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Adelantados, celebrada recientemente en París. Aunque el Programa de Acción adoptado para el decenio de 1990 no está plenamente a la altura de las expectativas de los países menos adelantados, la comunidad internacional ha asumido un compromiso firme de poner fin al deterioro ulterior de la situación socioeconómica de estos países y de reactivar y acelerar el crecimiento y el desarrollo en estos países para afianzarlos en la vía del crecimiento sostenible. Mi delegación quiere aprovechar esta oportunidad para instar a la comunidad de donantes a que traduzcan sus compromisos de París en acciones concretas. Confiamos plenamente en que los esfuerzos nacionales de los países menos adelantados, complementados por la asistencia financiera y técnica adecuada por parte de los donantes, para fines de este decenio acelerarán el crecimiento económico y mejorarán la calidad de vida de los pueblos que viven en estos países.

La senda del desarrollo no ha sido fácil y sin contratiempos para Bhután. Uno de nuestros principales objetivos de desarrollo nacional es la autosuficiencia económica. En su realización no sólo nos enfrentamos a las limitaciones de un país menos adelantado, sino también a las dificultades geográficas de un país sin litoral. Nuestra lejanía del mar viene a elevar los costos de la transportación de todos nuestros bienes y servicios. La creación de una red interna de transporte y comunicación en nuestro territorio tan accidentado, para mantener un vínculo nacional eficaz, constituye un formidable desafío. Dada nuestra situación, la asistencia externa seguirá desempeñando un papel muy importante en nuestro proceso de modernización del país, aunque nuestra intención es mantener esta asistencia al mínimo necesario.

A este respecto, quiero reconocer la útil contribución de nuestros asociados para el desarrollo, especialmente la India, el Japón, Suiza, Dinamarca, Austria, Noruega, el Reino Unido, Australia y la República Federal de Alemania, y varios organismos especializados y órganos de las Naciones Unidas, especialmente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF),

El Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), el Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo de la Capitalización (FNUDC), la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Programa Mundial de Alimentos (PMA), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), los Voluntarios de las Naciones Unidas (VNU), el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FONU), el Departamento de las Naciones Unidas de Cooperación Técnica para el Desarrollo (DCTD) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en la realización de nuestros objetivos de desarrollo. Ellos han desempeñado una parte muy activa en todos los aspectos de nuestra vida nacional y nos han acercado a nuestro objetivo de autosuficiencia económica.*

Los años de 1990 son el decenio del futuro. Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer ahora determinarán la calidad de vida y tal vez, incluso, la supervivencia misma de la humanidad. El pasado reciente, mucho más propicio, ha visto las grandes fuerzas de la reforma y el cambio de orientación en el trabajo de la vida internacional. Se ha demostrado cuán errónea era la noción de que las Naciones Unidas eran un teatro de debate en lugar de consenso, ricas en retórica y pobres en acción. Incluso en las circunstancias más difíciles, las Naciones Unidas mantuvieron su papel de faro que, aunque con luz mortecina, iluminaba la oscuridad, apartando a la humanidad del camino de la destrucción. El multilateralismo ha aportado respuestas efectivas a muchos males de nuestros tiempos. Las Naciones Unidas ahora han resurgido como la conciencia del mundo. Ciertamente, son nuestra mejor esperanza para el futuro. Tenemos que hacer todo lo que nos sea posible por preservarlas y fortalecerlas en aras de la paz y de la seguridad globales y para el bienestar de todos nuestros pueblos.

* El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

Se suspende la sesión a las 11.35 horas y se reanuda a las 11.45 horas.

DISCURSO DEL SR. GEORGE BUSH, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

EL PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

EL PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos de América, el Excelentísimo Sr. George Bush, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente BUSH (interpretación del inglés): Realmente, constituye un gran privilegio saludarles hoy, cuando comienza lo que marca un nuevo e histórico período de sesiones de la Asamblea General. Hago llegar mis felicitaciones al Honorable Guido de Marco, por su elección para ocupar la Presidencia de la Asamblea General. Como nota personal, deseo expresar que habiendo comprobado la unidad sin precedentes y la cooperación demostrada en los últimos meses, nunca me he sentido tan orgulloso de poder actuar bajo su dirección y que también los Estados Unidos sean el país huésped de las Naciones Unidas.

Hace 45 años, mientras las llamas de una guerra épica aún seguían haciendo estragos más allá de dos océanos y dos continentes, un pequeño grupo de hombres y mujeres se reunieron en la búsqueda de la esperanza entre las ruinas, en San Francisco, apartándose de la fatiga y del horror para tratar de diseñar una nueva estructura que pudiera sustentar un antiguo sueño.

Intensamente idealistas, pero fraguados por la guerra, procuraron tender un nuevo tipo de puente, un puente entre las naciones, que pudiera conducir a la humanidad de su hora más sombría a su día más brillante.

La fundación de las Naciones Unidas fue una consagración de las esperanzas más profundas de lograr un mundo pacífico. Durante el año transcurrido nos hemos acercado más que nunca a la consecución de esas esperanzas. Hemos visto un siglo cuajado de amenazas bárbaras donde los alambres de púas dan paso a una nueva época de cooperación, paz y libertad.

La revolución de 1989 sacudió al mundo, casi inculcándole una vida propia, a través de una nueva brisa de libertad que transformó el clima político desde Europa central hasta Centroamérica, alcanzando a casi todos los lugares del planeta. Esta brisa ha sido alimentada por un reconocimiento casi universal de una verdad simple y fundamental: el espíritu humano no puede permanecer encadenado indefinidamente. La realidad es que los pueblos por doquier están motivados por las mismas cosas y quieren las mismas cosas: la oportunidad de vivir una vida llena de propósitos, de sentido, la oportunidad de elegir una vida en la que tanto ellos como sus hijos puedan aprender, crecer saludables, rendir cultos libremente y prosperar mediante el fruto de sus esfuerzos, sus corazones y sus mentes. No estamos hablando del poder de las naciones, sino del poder de los individuos: el poder de elegir, el poder de arriesgarse, el poder de tener éxito.

Este es un mundo nuevo y diferente. Desde 1945 no habíamos visto, hasta ahora, la posibilidad real de utilizar a las Naciones Unidas tal como fueron concebidas, como un centro para la seguridad internacional colectiva.

Los cambios en la Unión Soviética han sido fundamentales en lo tocante al surgimiento de unas Naciones Unidas más fuertes. Las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética finalmente van más allá de la contención y el enfrentamiento, y ahora procuramos cumplir la promesa de una comprensión mutuamente compartida.

La larga pugna tenebrosa que por 45 años ha dividido a Europa, a nuestras dos naciones y a gran parte del mundo, ha llegado a su fin. Muchas cosas han cambiado en estos últimos los años. La Unión Soviética ha dado pasos espectaculares importantes para participar plenamente en la comunidad de naciones, y cuando la Unión Soviética convino con tantos de los representados aquí, en las Naciones Unidas, en condenar la agresión del Iraq, no podían caber dudas de que, ciertamente, habíamos dejado atrás cuatro decenios de nuestra historia.

Esperamos que los mecanismos de las Naciones Unidas ya no sigan congelados por las divisiones que nos afectaron durante la guerra fría, y que podamos, por fin, tender nuevos puentes para dismantelar viejos muros; esperamos poder construir finalmente un nuevo mundo basado en un acontecimiento que todos habíamos esperado: el final de la guerra fría.

Dentro de dos días el mundo será testigo del momento en que se entierra oficialmente la guerra fría en Berlín. Y en esta etapa cuajada de pruebas debe plantearse una pregunta fundamental, una pregunta que no se aplica a ninguna nación individualmente, sino a todas las Naciones Unidas, y es la siguiente: ¿Podemos trabajar juntos en una nueva asociación de naciones? ¿Puede la fuerza colectiva de la comunidad mundial expresada por las Naciones Unidas unirse para disuadir y derrotar a la agresión? Porque la batalla de la guerra fría de las ideas no es la última batalla épica de este siglo.

Hace dos meses, en las últimas semanas de uno de los estíos de la historia signados por mayores esperanzas, la vasta e inmóvil belleza del pacífico desierto kuwaití fue mancillada por el hedor del gasoil y el rugido de los tanques de acero. Una vez más, el sonido de truenos distantes atravesó su límpido cielo. Y una vez más el mundo despertó para encontrarse con los cañones de agosto.

Pero, esta vez, el mundo estaba preparado. La respuesta resuelta del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a la agresión no provocada del Iraq no tiene precedentes. Desde la invasión del 2 de agosto, el Consejo ha aprobado ocho importantes resoluciones que establecen las condiciones para una solución de la crisis.

El régimen iraquí debe entender esta realidad. Pero, como dije el mes pasado, no permitiremos la anexión de Kuwait. Esta no es sólo la opinión de los Estados Unidos; es la opinión de todos los kuwaitíes, de la Liga de los Estados Arabes y de las Naciones Unidas. Los dirigentes iraquíes deben prestar oídos a esta realidad: se trata del Iraq contra el mundo. Permítaseme aprovechar esta oportunidad para poner en claro la política de mi Gobierno. Los Estados Unidos apoyan la aplicación de sanciones para obligar a

los dirigentes iraquíes a retirarse en forma inmediata e incondicional de Kuwait. También respaldamos el suministro de medicamentos y alimentos con fines humanitarios, siempre que se pueda supervisar adecuadamente su distribución. Nuestra pugna no es con el pueblo del Iraq; no queremos que sufra; la pugna de todo el mundo es con el dictador que ordenó la invasión.

Junto con otras naciones, hemos destacado fuerzas militares en la región para poner las sanciones, como instrumento de disuasión y, de ser necesario, de defensa contra otra agresión. No buscamos ninguna ventaja para nosotros ni nos proponemos mantener nuestras fuerzas en Arabia Saudita un día más de lo necesario. Las fuerzas estadounidenses fueron enviadas a pedido del Gobierno saudita. El pueblo norteamericano y este Presidente desean que todos y cada uno de los soldados vuelvan a sus casas tan pronto concluya esta misión.

Deseo también subrayar que todos los que integramos las Naciones Unidas esperamos no tener que usar nunca las fuerzas militares. Esperamos una salida pacífica, por la vía diplomática. Además, pienso que tras la retirada incondicional del Iraq de Kuwait seguramente se abrirán oportunidades: para que el Iraq y Kuwait resuelvan sus diferencias definitivamente; para que los propios Estados del Golfo establezcan nuevos acuerdos para lograr la estabilidad, y para que todos los Estados y pueblos de la región resuelvan el conflicto que divide a los árabes y a Israel. Pero, la tarea fundamental del mundo, es, ante todo y sobre todo, demostrar que no se tolerará ni recompensará la agresión.

A través del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el Iraq ha sido juzgado - imparcialmente juzgado - por sus pares, las naciones de la Tierra. Hoy, el régimen está aislado y desacompañado con nuestro tiempo, separado del mundo civilizado, no en el espacio, sino por siglos. La agresión no provocada del Iraq es un enorme retroceso a otros tiempos, una oscura reliquia de un tiempo sombrío. El Iraq ha saqueado a Kuwait, ha aterrorizado a civiles inocentes e inclusive ha tomado a diplomáticos como rehenes. El Iraq y sus dirigentes deben ser responsabilizados por estos crímenes y esta destrucción. Pero este desprecio flagrante por los derechos humanos elementales no es, en realidad, una sorpresa. Miles de iraquíes han sido ejecutados por razones políticas y religiosas y muchos más en la guerra genocida librada contra los propios aldeanos kurdos del Iraq, utilizando gases venenosos.

Como comunidad mundial, debemos actuar, no sólo para disuadir el empleo de armas inhumanas como el gas de mostaza o el gas neurotóxico, sino para eliminar totalmente los armamentos. Por ello, hace un año, ante esta Asamblea General, formulé nuevas propuestas para prohibir estas armas terribles en toda la faz de la Tierra. Prometí que los Estados Unidos destruirían más del 98% de sus arsenales en los primeros ocho años en que rija un tratado de proscripción de las armas químicas, y un 100% - el total de ellas - en diez años, si todas las naciones capaces de producir armas químicas y potencial para armamento químico suscribían el tratado.

Hemos cumplido estas promesas. En junio, los Estados Unidos y la Unión Soviética suscribieron un acuerdo importantísimo para poner fin a la producción y destruir la gran mayoría de sus arsenales. En este momento, los Estados Unidos están destruyendo las armas químicas.

Pero el tiempo apremia. No se trata de una preocupación meramente bilateral. La crisis del Golfo pone de relieve la importancia de actuar de consuno - y de actuar ahora - para concertar una proscripción total y mundial de estas armas. Asimismo, debemos redoblar nuestro empeño por evitar la expansión de las armas nucleares, de las armas biológicas y de los proyectiles balísticos que pueden sembrar la destrucción en pueblos distantes.

Las Naciones Unidas pueden ayudar a crear un tiempo nuevo, un tiempo en que estas terribles armas y los dictadores que podrían utilizarlas pasen a ser cosa del pasado. Está en nuestras manos el dejar atrás estos terribles artefactos, en el tiempo sombrío al que pertenecen, para avanzar e impulsar un movimiento histórico hacia un nuevo orden mundial y una larga era de paz.

Tenemos la visión de una nueva solidaridad entre las naciones que trasciende la guerra fría, una asociación basada en la consulta, la cooperación y la acción colectiva, en especial a nivel de las organizaciones internacionales y regionales; una asociación unida por los principios del derecho y el imperio de la ley y respaldada por la participación equitativa en los costos y en la adhesión. Una asociación cuyos objetivos sean fomentar la democracia, impulsar la prosperidad, instaurar la paz y reducir los armamentos.

Y cuando miramos hacia el futuro, el calendario nos muestra hitos, signos que nos permiten medir nuestro progreso como comunidad de naciones.

El año 2000 marca un jalón, pues no sólo señala el inicio de un decenio, no sólo el comienzo de un nuevo siglo, sino también el de un milenio. Y, dentro de diez años, cuando se inicie el quincuagésimo quinto período de sesiones de la Asamblea General, nos encontrarán a muchos de nosotros en este salón, quizás con más canas y con el paso menos ágil; pero no han de encontrarnos con menos esperanzas, menos idealismo, o menos confianza en el triunfo final de la humanidad. Vislumbro un mundo de fronteras y de comercio abiertos, y - lo que es más importante - de mentes abiertas; un mundo que celebre el patrimonio común de todos los pueblos del mundo, que se enorgullezca, no solamente de su pueblo o de su patria, sino de la propia humanidad. Vislumbro un mundo imbuido de un espíritu como el de las olimpiadas: no basado en la competencia motivada por el temor, sino en la competencia impulsada por la alegría, el regocijo y una verdadera búsqueda de la excelencia.

Vislumbro un mundo en que la democracia sigue ganando nuevos amigos y convirtiendo a viejos enemigos, y donde la región de las Américas - del Norte, Central y del Sur - puede ser un modelo para toda la humanidad; el primer hemisferio completamente democrático del mundo.

Y vislumbro un mundo en el que surge un nuevo modelo de unidad europea; no sólo en Europa sino en todo el mundo; "un mundo unido y libre".

Justamente por ello la agresión actual en el Golfo constituye una amenaza, no sólo para la seguridad de una región, sino para toda la visión mundial de nuestro futuro. Conlleva la amenaza de convertir el sueño de un nuevo orden internacional en una pesadilla tenebrosa de anarquía, en la que la ley de la selva venga a sustituir al derecho de las naciones.

Por ello, las Naciones Unidas actuaron con tal decisión histórica y unidad, y, por ello, este reto es una prueba en la que no podemos permitirnos el lujo de fracasar. Estoy seguro de que venceremos. El éxito también tendrá consecuencias duraderas: el fortalecimiento de las normas civilizadas de la conducta internacional, el establecimiento de un nuevo precedente en la cooperación internacional, la brillantez de las perspectivas de nuestra visión del futuro.

Faltan diez años para que concluya este siglo, diez años para superar definitivamente las pugnas del siglo XX; diez años más para contribuir a lanzar una nueva asociación de naciones. Durante estos diez años - a partir de ahora mismo - las Naciones Unidas tendrán que desempeñar un papel nuevo y vital en la construcción de esta nueva asociación. En el período de sesiones del año pasado de la Asamblea General se puso de manifiesto cómo podríamos avanzar mucho más hacia unas Naciones Unidas más pragmáticas y exitosas. Y, por primera vez, el Consejo de Seguridad está empezando a funcionar tal como fue concebido que funcionara.

Este es el momento de dejar de lado viejos debates, viejos procedimientos o controversias y viejas resoluciones. Es el momento de sustituir los ataques polémicos con acciones pragmáticas.

Hemos puesto de manifiesto que las Naciones Unidas pueden contar con la fuerza colectiva de la comunidad internacional. Hemos puesto de relieve que las Naciones Unidas pueden rechazar los retos de la agresión, como esperaban sus fundadores que podrían hacerlo. Ahora, en este momento de prueba, también debemos demostrar que las Naciones Unidas son el lugar adecuado para lograr apoyo internacional y el consenso necesario para hacer frente a los otros retos que encaramos.

El mundo sigue siendo un lugar peligroso, y nuestra seguridad y bienestar dependen a menudo, en parte, de acontecimientos que se producen muy lejos. Necesitamos serios esfuerzos de cooperación internacional para hacer frente a las amenazas a que está sometido el medio ambiente, al terrorismo, a los problemas de la carga de la deuda, a la lucha contra el flagelo del tráfico internacional de drogas y al problema de los refugiados, así como para el mantenimiento de la paz en todo el mundo.

Pero el mundo sigue siendo un lugar lleno de esperanza. Los llamamientos en aras de la democracia y los derechos humanos renacen por doquier. Estos llamamientos son una expresión de apoyo a los valores consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. Alientan nuestras esperanzas de un mundo más pacífico, más próspero, más estable.

Las elecciones libres son el fundamento de un gobierno democrático y pueden arrojar resultados espectaculares, como hemos visto en Namibia y Nicaragua. Ha llegado el momento de estructurar el papel de las Naciones Unidas en esos esfuerzos de manera más oficial. Así pues, propongo hoy que las Naciones Unidas creen un cargo de coordinador especial para la asistencia electoral, con la ayuda de una comisión electoral de las Naciones Unidas, integrada por expertos distinguidos de todo el mundo.

Al igual que en el caso de las elecciones libres, también pensamos que la condición de Miembro de pleno derecho de las Naciones Unidas, que abarque a todos los Estados, es esencial para el futuro de esta Organización y para esta nueva asociación que mencionábamos. En apoyo de este principio y conjuntamente con los esfuerzos de las Naciones Unidas para reducir las tensiones regionales, los Estados Unidos apoyan plenamente la admisión de la República de Corea, como Miembro de las Naciones Unidas. Lo hacemos sin perjuicio del objetivo final de la reunificación de la península de Corea y sin oposición a la admisión simultánea de la República Popular Democrática de Corea.

Al realizar nuestra labor sobre éstas y otras iniciativas, debemos sumar nuestras fuerzas en una nueva alianza - todos nosotros - para llevar a las Naciones Unidas al siglo XXI. Los exhorto hoy a que realicemos un esfuerzo importante, a largo plazo, para hacerlo. Hemos de basarnos en el éxito admirable de nuestro distinguido Secretario General, mi amigo y colega de tantos años, Javier Pérez de Cuéllar. Debemos esforzarnos también por lograr una mayor efectividad y eficacia en las Naciones Unidas.

Los Estados Unidos están comprometidos a desempeñar la parte que les toca para coadyuvar a mantener la seguridad mundial y fomentar la democracia y la prosperidad. Mi administración está plenamente dedicada a la tarea de apoyar a las Naciones Unidas y pagar lo que nos corresponde en base a los compromisos contraídos en virtud de la Carta. Es lo mínimo que exigen tanto la paz y la seguridad internacionales, como la libertad y la prosperidad internacionales.

El mundo tiene que saber y entender esto: a partir de esta hora y de este día, desde este salón, actuaremos con un nuevo sentimiento de propósitos, con un nuevo sentido de posibilidades. Estamos juntos, preparados para nadar contra la corriente, para ir ladera arriba, para hacer frente a los retos cuando se produzcan, no sólo como las Naciones Unidas sino como las naciones de un mundo unido.

Que pueda decirse del último decenio del siglo XX, que éste fue el momento en que la humanidad adquirió conciencia de su propia esencia, que se encontró a sí misma cuando surgimos del hollín y del humo de la era industrial para realizar una revolución del espíritu y de la mente, e iniciando una jornada hacia un nuevo día, una nueva época y una nueva asociación de naciones.

Las Naciones Unidas están ahora cumpliendo su promesa como parlamento mundial de la paz. Los felicito. Los apoyo. Y les deseo la bendición de Dios al enfrentarse a las tareas que nos aguardan en el futuro.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de los Estados Unidos de América por el importante discurso que acaba de formular.

El Sr. George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA (continuación)

DEBATE GENERAL

Sr. LEVY (Israel) (interpretación del francés): Sr. Presidente: Ante todo, permítame felicitarlo con motivo de su elección al cargo de Presidente de la Asamblea General durante el cuadragésimo quinto período de sesiones, y desearle éxito en la dirección de sus deliberaciones.

Asimismo, deseo felicitar al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, por su actividad constante y positiva al servicio de la paz mundial y el entendimiento entre las naciones.

Vivimos en una época de esperanza. Se anuncia una era de libertad. Los pueblos del mundo esperan que se instaure la paz. Pero he aquí que la tiranía levanta su estandarte, se burla de los valores humanos y aplasta los derechos humanos y la soberanía de las naciones.

Una nueva primavera de las naciones se presenta ante nuestros ojos en la Europa oriental. La Europa occidental sigue forjando su Comunidad y reafirmando esa alianza que tiende a la desaparición de las fronteras y al acercamiento de los corazones y los pueblos. Los Estados Unidos, dirigidos por los estadistas de esta gran democracia, cosechan en todos los continentes la justa victoria de los valores eternos de libertad y de respeto del hombre.

Durante largos años se consideró que una distensión entre los dos bloques llevaría la paz al mundo. Cabía esperar que esa distensión, por fin lograda, nos permitiría vislumbrar un camino dirigido hacia un mundo sin guerras. Sin embargo, ese optimismo no tuvo en cuenta la naturaleza fundamental de ciertos regímenes políticos en el Oriente Medio y el Golfo Pérsico, ni sus inconstancias inherentes. Ese optimismo se negaba también a reconocer el hecho de que ese foco de conflictos múltiples y violentos servía de alcantarilla por la que corrían alegremente los excedentes de armas de que el mundo deseaba desembarazarse.

En muchos de estos países el poder está en manos de tiranos feroces y fanáticos. Ese arsenal destructivo, que todo el mundo se había apresurado a suministrar a esos fanáticos ávidos de destrucción, pone en peligro la paz de la región y del mundo entero.

Esos son los elementos de la crisis del Golfo Pérsico.

Durante largos años, los países del mundo han venido ayudando al Iraq a armarse hasta los dientes. De ese modo se creía poder contener al Irán de Khomeini. Sin darse cuenta, el Este y el Oeste han creado, con sus propias manos, un monstruo terrible y peligroso.

En 1981, Israel destruyó el reactor nuclear del Iraq. Como ustedes saben, esa acción no fue aplaudida universalmente. En la actualidad, el mundo se da cuenta de que a largo plazo fue un análisis correcto el que guió el largo brazo militar de Israel.

La situación regional, e inclusive de toda la humanidad, habría sido diferente si Saddam Hussein hoy en día dispusiera de una bomba atómica.

Desde hace diez años, el mundo libre ha venido fortaleciendo el potencial militar de Saddam Hussein. Se le suministraron grandes cantidades de armas de todo tipo. Los propios países árabes, inclusive Kuwait, pusieron a su disposición sumas fabulosas, que le permitieron consolidar su aparato de destrucción.

De Europa y de América del Sur, del Este y del Oeste, el dictador del Iraq obtuvo los conocimientos, los instrumentos y los medios necesarios para proveerse de esa terrible arma química con la que amenaza servirse, siguiendo leyes de guerra más crueles y más salvajes que las de la selva, como él mismo lo reconoce.

Sociedades privadas de Occidente siguieron suministrándole conocimientos y tecnología, con el objetivo, casi alcanzado, de poseer el arma nuclear. Todos esos países, con sus propias manos, han aportado su contribución a la creación de este aparato infernal que hoy los amenaza.

Ese tirano megalómano, que es incapaz de sopesar sus actos de modo racional, sólo reconoce la lógica del equilibrio del terror.

Este hombre, que no retrocede ante nada, ya ha demostrado al mundo que es capaz de utilizar el arma del gas contra sus propios conciudadanos kurdos. Ha demostrado que es incapaz de sentir piedad y que no se conmueve ante la muerte de centenares de miles de iraquíes y de iraníes víctimas de una guerra vana e insensata, que ha prolongado durante ocho años.

Esa terrible potencialidad militar a la cual ninguna moral pone coto, devuelve al mundo a las pesadillas de los decenios de 1930 y 1940. En vísperas de la invasión de Kuwait, Saddam Hussein había amenazado con destruir a Israel en caso de que Israel atacara al Iraq o a cualquier otro país árabe. Sin embargo, Saddam Hussein sabía muy bien que Israel no tenía ninguna intención de atacar al Iraq ni a ningún otro país árabe. Ha sido él quien, como todos sabemos, atacó al Irán. Ha sido él quien masacró a muchos de sus conciudadanos kurdos. Ha sido él quien invadió a Kuwait. Ha sido él quien ha estado a punto de atacar e inclusive a anexionar a Arabia Saudita. Y también es él quien amenaza con bombardear y destruir todos los yacimientos de petróleo de la península árabe. Ha pisoteado la soberanía de sus vecinos y ha puesto en peligro la economía mundial.

Todos los esfuerzos desplegados para instaurar una paz mundial ya esbozada por el acercamiento de las naciones y de los regímenes políticos, se ven obstaculizados por la preocupación de ver surgir de los pozos de petróleo del Oriente Medio ese genio perverso que los incendiaría hasta el punto de eclipsar al sol con las llamas.

En estos días, durante el período ordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Saddam Hussein amenaza con atacar a Israel y aniquilarlo como represalia por las resoluciones de las Naciones Unidas. Apunta sus armas hacia el corazón de Israel. Espera sustraerse, de ese modo, al castigo que le reserva el derecho de gentes y de las naciones.

Pero el mundo libre debe saber que la seguridad de Israel no debería ser el tributo por las resoluciones votadas por las naciones en la esperanza de proteger su economía y su libertad.

Israel sabrá defenderse en caso de ataque; su respuesta será dura y dolorosa, lo que de ningún modo dispensa a los países del mundo ni los libera de sus obligaciones. A ellos corresponde tomar medidas firmes para poner fin a ese régimen que amenaza la estabilidad de toda la región y que pone a la economía mundial en riesgo de tambalearse. Vivimos un drama; un drama permanente. Las Naciones Unidas no deben permitir que este drama figure como una tragedia en los anales del mundo.

Los recientes acontecimientos del Oriente Medio vuelven a situar, en su verdadero contexto histórico y político, al conflicto que los árabes mantienen contra Israel. Este conflicto, prolongado y amargo, se eterniza únicamente a causa de la negativa de los países árabes, con excepción de Egipto, a rendirse ante la evidencia de que Israel existe. Esta intransigencia árabe está en el origen de las sucesivas guerras que Israel ha tenido que sufrir. Esta intransigencia adopta la forma de una propaganda virulenta y venenosa, de un boicoteo económico, de acciones terroristas y de actos de flagrante agresión.

Ya hace dos generaciones que los países árabes hacen que los enormes gastos de su carrera de armamentos, que apunta hacia Israel, repercutan negativamente en sus recursos, en sus riquezas naturales y en el bienestar de sus ciudadanos. Esa carrera desenfrenada, vana y superflua, en detrimento de su propio pueblo, ha causado - y espero que no siga causando - la pérdida de gran cantidad de vidas humanas. También impide el progreso de la región entera y perpetúa una nefasta hostilidad.

En estos días se escucha un gran grito de dolor. De esta parte del mundo, que ha dado el Libro de los Libros, el Corán y el Nuevo Testamento, se eleva hacia el cielo una súplica que se expresa en las palabras del Todopoderoso, que todo judío recita en sus oraciones:

"Y yo daré la paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante;" (La Biblia, Levítico, 26,6)

En momentos en que la guerra fría toca a su fin y cede el paso a un deseo ardiente de cooperación; en momentos en que se derrumba el muro de Berlín, símbolo de una nueva era en las relaciones entre pueblos y regímenes, la comunidad internacional no debe seguir admitiendo que un muro de hostilidad árabe persista en cercar a Israel, en ahogar al único país genuinamente democrático del Oriente Medio.

Es inadmisibles aceptar que esta situación se convierta en un hecho consumado. No es una ley de la naturaleza; no se puede eternizar como una maldición sin final y un odio ciego de los gobiernos árabes a Israel.

La cortina de hierro desaparece en Europa. Hemos de admitir que en el Oriente Medio subsiste una cortina de arena, aislándolo de un mundo que se encamina hacia la paz.

Desde que Israel alcanzó su independencia y siete países árabes lo invadieron con la intención de destruirlo no ha dejado de proponer en múltiples ocasiones a esos países árabes que hagan la paz. Hoy más que nunca la paz es una necesidad vital para todos los países de la región.

En ese espíritu, hago de nuevo un llamamiento a los dirigentes de los países árabes para que se resuelva este largo conflicto, con negociaciones directas, libres de toda limitación y condiciones previas.

Para que progrese este proceso es preciso iniciar y alentar la adopción de medidas de fomento de la confianza recíproca. Estas medidas podrían contribuir progresivamente a la disminución de las hostilidades y la tensión y poner fin a la retórica hostil, a la beligerancia y al terrorismo.

Este proceso podría crear las condiciones y el ambiente necesarios para entablar negociaciones directas a fin de obtener una paz verdadera. Este es el camino que han seguido recientemente los bloques del Este y el Oeste en el acercamiento que ha contribuido en gran medida a reducir la hostilidad mutua y al desmoronamiento total de las barreras. Un proceso análogo ha allanado el camino que llevó a los acuerdos de paz entre Egipto e Israel.

Si no fuera posible resolver inmediatamente todo el conflicto, edifiquemos la paz por etapas. Cada una de estas etapas podrá estrechar la comprensión mutua y contribuir a la reducción de las tensiones y a relaciones de buena vecindad. En primer lugar, los países de la región deben declarar inmediatamente el fin del estado de beligerancia y reunirse, como ha propuesto Israel en múltiples ocasiones, en el marco de una conferencia para librar a la región de las armas químicas y de otro tipo en el Oriente Medio.

Israel propone a sus vecinos una amplia cooperación a fin de lograr prosperidad y bienestar para nuestros pueblos y aliviar así el sufrimiento de millones de seres humanos.

Israel pone a disposición de sus vecinos sus conocimientos y la experiencia ya adquiridos, principalmente en los ámbitos de la desalación del agua del mar y la fertilización del desierto. Compartiremos nuestra experiencia con nuestros vecinos, nuestros conocimientos y nuestros logros tecnológicos en el terreno de la energía solar, nuestros métodos innovadores de irrigación y de agricultura moderna, así como nuestros proyectos de desarrollo de la infraestructura de carreteras y de comunicaciones.

Así haremos frente a los desafíos de las enfermedades, el hambre, las penurias y la miseria. Juntos nos esforzaremos por rehabilitar a los refugiados, cuya profunda miseria es el precio pagado por el rechazo de la paz. Esas etapas y aun otras pueden llevarnos a la paz. Una vez se haya logrado esa paz, estas etapas servirán de pilares del edificio de la paz.

Estoy seguro de que si los países árabes estuvieran dispuestos a poner fin al estado de guerra, a comprometerse a seguir el camino de la paz, contribuirían a la solución del problema palestino. La iniciativa de paz de Israel de mayo de 1989 tuvo en cuenta la concepción política y la aplicación práctica para enfrentarse a estos dos desafíos. Israel está decidido a llevar adelante sus esfuerzos para la realización de su iniciativa de paz.

La iniciativa de paz de Israel pide a los habitantes palestinos de Judea, de Samaria y de Gaza que sean los asociados e interlocutores de Israel para decidir su futuro y su destino. Ninguno de los imperios o regímenes anteriores, incluido el de Jordania, les había concedido este derecho.

La OLP ha obstaculizado, y sigue obstaculizando, la concreción de esta oportunidad sin precedentes. Es la OLP la que multiplica sus actos terroristas, no solamente contra los ciudadanos de Israel, sino que asesina brutalmente a palestinos. Más de 300 palestinos han sido asesinados por la OLP desde la iniciativa de paz de Israel, en un intento de sembrar el terror y el miedo, con los mismos métodos de su aliado Saddam Hussein.

Seguimos combatiendo el terrorismo y rechazamos a sus autores como interlocutores. Ello no debe impedir a los palestinos que desean la paz que se reúnan con nosotros sin demora en torno a la mesa de negociaciones para promover la iniciativa de paz que hemos propuesto. Es bueno para ellos y es bueno para nosotros. Es bueno para toda la región. Es bueno para el mundo entero.

En estos días Israel agrega una nueva página a la epopeya de su renacimiento nacional. La Unión Soviética ha abierto sus puertas a los judíos que deseen regresar a la tierra de sus antepasados. Un espectáculo maravilloso se desarrolla ante nuestros ojos. Decenas de miles de judíos recuperan su identidad nacional y vienen a reunirse con sus hermanos en su patria.

Este proceso histórico es uno de los frutos de los cambios acontecidos en Europa. Los ideales de libertad, que son la base del respeto de los derechos humanos y de la dignidad del hombre, por fin han adquirido derecho de ciudadanía en el Este. El sol de la democracia se vislumbra en el horizonte. A esa evolución han contribuido en gran medida los países occidentales fieles a los principios de la libertad y la democracia, así como la firmeza con que los sucesivos Presidentes de los Estados Unidos los han transmitido a los pueblos del mundo.

En la Unión Soviética, ha surgido un hombre de Estado, valiente, realista y prudente y ha iniciado un cambio drástico. Y los muros de hostilidad entre los regímenes y los pueblos han acabado por derrumbarse. Seguimos ese camino con esperanza, para el pueblo soviético, para Europa, para nosotros, para el mundo, para toda la humanidad. Ese cambio ha liberado a la libertad y la democracia de las cadenas que las mantenían cautivas.

También en Israel nos alegramos de ese cambio, ya que nuestros hermanos vuelven a Sión. Expresamos nuestro agradecimiento a los países democráticos del mundo, y en particular al Presidente Reagan y al Presidente Bush, que con su abnegación han contribuido a que se abriesen las puertas de la libertad.

En esta casa en que se reúnen las naciones, erigida en palacio de la libertad y de la independencia, sigue cerniéndose, por desgracia, un sombrío nubarrón. Data del día nefasto en que se aprobó una resolución que equipara al sionismo con el racismo. Esa resolución, que osa tratar de racista al movimiento de liberación nacional de un pueblo que más que ningún otro ha sufrido el racismo, se ha convertido en una de las expresiones más virulentas de racismo de nuestros días, y es una tara que deshonra a la Carta de las Naciones Unidas.

El pueblo de Israel, que ha proclamado a la humanidad el mensaje universal de paz, se dedica desde hace varias generaciones a lograr el renacimiento nacional en tierra de Israel.

El término shalom, que significa paz, es la esencia de todo lo que ha sido revelado al pueblo de Israel hasta nuestros días; y es también el mensaje de Israel a todo el mundo: a las naciones en general y en particular a sus vecinos.

Es a la paz, más que a cualquier otro ideal, a lo que aspira todo judío. Ella es parte integrante de todas nuestras plegarias. En mi país no nos saludamos como en otras partes; tenemos una forma de hacerlo: nos saludamos diciéndonos "shalom"; cuando nos separamos también nos decimos "shalom". Nos estrechamos la mano diciéndonos "shalom", paz. Paz, siempre paz.

Antes, ahora y siempre, en la angustia y en la esperanza, afirmamos que ha sido el mismo creador del universo el que hizo reinar la paz. Es justamente ésa una de sus glorias. Y como creyente cito sus palabras:

"Que quien ha establecido la paz en los cielos descienda también la paz sobre nosotros."

Este deseo ardiente de paz caracteriza al pueblo de Israel desde siempre. Este deseo, hoy como antaño, anima a Israel, que tiende a las naciones su mano lista para la paz.

Israel es uno de los pocos países a los que se les hace la guerra desde su creación. Por lo tanto, Israel debe velar por su seguridad y asegurar su futuro con la misma decisión y coraje con que se dedica a salvaguardar sus principios y sus ideales y persiste en obrar en favor de la paz.

En el espíritu de Yom Kippur, el día del gran perdón, el más solemne para el pueblo judío en todo el mundo, desde lo alto de esta tribuna se eleva nuestra plegaria personal, nacional y universal:

Que el Eterno conceda a su pueblo y a toda la humanidad, el coraje,
Que el Eterno bendiga a todos los pueblos y acoja en su seno al pueblo de Israel, y le conceda la paz.

Con esta oración termino mi discurso, mi llamamiento y mi deseo, con la aspiración de que sea aceptado y nos lleve a otra era, a una era de esperanza, de construcción; a una era de entendimiento y cooperación entre todos los pueblos, sobre todo los del Oriente Medio.

Sra. WILDE (Nueva Zelanda) (interpretación del inglés):

Sr. Presidente: Quiero felicitarlo por haber sido elegido para ese cargo en momentos en que la Organización está en el umbral de la oportunidad y se enfrenta a desafíos muy complejos.

Lo que es cierto para la Organización lo es también para mi país, en el que 1990 marca los 150 años de echadas las bases de nuestra nación.

El pacto básico, el Tratado de Waitangi, fue firmado en 1840 por los jefes de tribu del país que ellos llamaban Aotearoa y por representantes de la Corona británica en nombre de los nuevos colonos del país que designaron como Nueva Zelanda. Era un acuerdo para vivir y trabajar en cooperación.

Hay todavía desafíos importantes a nuestra asociación, tales como cumplir promesas rotas y desfacer entuertos históricos.

Trabajamos en pro de una sociedad en que las diferencias étnicas y culturales sean valoradas como elementos de fuerza y no rechazadas como debilidades. Tratamos de poner en orden nuestra casa.

El fin de la guerra fría proporciona a las Naciones Unidas de 1990 la oportunidad de poner en orden la casa mundial, de hacer una promesa de apego nuevo y revitalizado a la seguridad mundial.

El Secretario General nos recuerda en su Memoria anual que un enfoque general de la seguridad constituye la esencia misma de la existencia de las Naciones Unidas. Nueva Zelanda respalda con toda firmeza esa opinión. Un enfoque equilibrado e integrado de la seguridad, el reconocimiento de nuestra necesidad común de seguridad y del papel de la Organización son fundamentales para la protección de los intereses de los países pequeños.

Creemos que los países pequeños tienen mucho que ofrecer a las Naciones Unidas. Muchos de los ciudadanos del mundo viven en países pequeños que tienen aspiraciones modestas, que no desean enzarzarse en guerras ni obligar a los demás a que acepten sus puntos de vista.

En realidad, las amenazas más importantes a la seguridad de nuestro país y su región circundante, las islas del Pacífico meridional, no son militares sino derivadas del medio ambiente y económicas. Nueva Zelanda y el resto del Pacífico meridional tienen la fortuna de estar alejados de las zonas de conflicto o con una tirantes internacional importante. Pero de ningún modo estamos aislados; los acontecimientos que puedan ocurrir en la economía, la política y el medio ambiente mundiales pueden afectar agudamente a los pequeños países alejados del epicentro de los acontecimientos mundiales.

Es importante que haya un compromiso para con las necesidades de seguridad común de la comunidad mundial en momentos como el actual en que todos enfrentamos la crisis en el Golfo Pérsico. Nueva Zelanda ha condenado sin reservas la agresión iraquí contra un país pequeño y las medidas repugnantes contra los extranjeros. Por supuesto que los más afectados son los kuwaitíes, que son el objeto del intento de un vecino agresivo por apagar su existencia como país independiente. Pero también están sufriendo una angustia inmediata los muchos miles de extranjeros atrapados por la crisis, especialmente los que son retenidos contra su voluntad. Nueva Zelanda tiene entre ellos a sólo un puñado de nacionales, pero lo limitado de su número no disminuye la importancia de su sufrimiento a los ojos de nuestro Gobierno y nuestro pueblo. Entendemos que el mantenimiento persistente de rehenes es un ultraje, y exigimos al Iraq que libere a todos los detenidos y acate inmediatamente todas las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.*

* El Sr. Thompson (Fiji), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Por cierto que una de las preocupaciones fundamentales sigue siendo la aterradora posibilidad de una guerra que podría intensificarse rápidamente para abarcar muchos países y quizás esparcirse hacia otras regiones. El mundo entero tiene interés en garantizar que ello no ocurra y que se evite el recurso al conflicto armado.

En ese proceso, el respeto de los principios y valores de las Naciones Unidas y la utilización de sus mecanismos por todos nosotros constituyen algo esencial. Nueva Zelanda indicó en una etapa temprana a la Secretaría de las Naciones Unidas su disposición a contribuir a cualquier operación que se realice en la región del Golfo bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Hoy confirmo ese ofrecimiento. En particular, Nueva Zelanda ha demostrado la voluntad y la capacidad de contribuir a las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz. Nos hemos comprometido a suministrar asistencia alimentaria y médica, y nuestras aeronaves han transportado a algunos de los refugiados de la zona de regreso a sus países de origen, en particular el Pakistán y las Filipinas.

La crisis en el Golfo ha ilustrado vívidamente el potencial de las Naciones Unidas para proporcionar una respuesta rápida y eficaz a los conflictos regionales. Los logros registrados hasta la fecha han sido considerables.

Esta es la primera vez que Nueva Zelanda expresa en el marco de esta Organización su punto de vista sobre la crisis en el Golfo, por lo que quisiera añadir una nota de cautela a lo que han dicho otros oradores. Todos entendemos las repercusiones de una mayor intensificación en la crisis en el Golfo. En vista de estos antecedentes, es vital que el apoyo de todos los Miembros de las Naciones Unidas se mantenga para respuestas colectivas. Se debe tener cuidado de no dar nunca por sentado demasiadas cosas. Después de todo, son los Miembros de las Naciones Unidas en su conjunto quienes, según el Artículo 24 de la Carta

"confieren al Consejo de Seguridad la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales."

Esa atribución respalda a todo lo demás.

Las medidas adoptadas durante las últimas semanas en el Consejo de Seguridad con respecto a toda esa cuestión tienen una importancia verdaderamente histórica. Sientan precedentes para dar respuestas prácticas

a otros conflictos o controversias regionales. Todos nosotros - los miembros permanentes y no permanentes del Consejo de Seguridad y los que no son miembros del Consejo de Seguridad - entendemos con suficiente claridad la importancia de lo que se está logrando actualmente.

Pero debemos reflexionar más con respecto a cómo se lleva a cabo este proceso. Como primera medida, hay margen para mejorar entre todos - independientemente del lugar que ocupemos en el esquema - las posibilidades de compartir la información, las percepciones y las conclusiones sobre cómo formular de la mejor forma posible las respuestas de las Naciones Unidas. Dicho proceso será indispensable, a la larga, para lograr el propósito que compartimos todos los países, grandes y pequeños, dentro de la Organización. Nuestra respuesta colectiva a las amenazas contra la estabilidad colectiva producidas recientemente depende de los logros sustanciales alcanzados durante el cuadragésimo cuarto período de sesiones de la Asamblea General y a partir de entonces.

La independencia de Namibia, los indicios de progreso político en Sudáfrica, los pasos constructivos hacia una solución en el Sáhara Occidental y los progresos hacia la solución de la situación en Camboya constituyen en su conjunto una lista importante de logros para la Organización. El consenso cada vez mayor entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y el nuevo espíritu que anima las relaciones entre las superpotencias son grandes logros. Pero son las tareas que quedan por hacer las que proporcionarán la prueba verdadera de la capacidad de las Naciones Unidas y de lo que nos aguarda en el futuro.

Ello me lleva una vez más a referirme a la seguridad común. En una época en que se han expresado tantas esperanzas, y en que no obstante seguimos enfrentando problemas tan espinosos, es necesario un compromiso mayor con miras al fortalecimiento de los lazos de nuestra seguridad común. Muchos abrigan la esperanza de que estamos asistiendo al surgimiento de un nuevo orden. Ciertamente, es tiempo de que ello ocurra.

Pero para lograrlo debemos dejar de lado las antiguas formas de pensar y las antiguas formas de actuar. Necesitamos un cambio de actitud con respecto a lo que constituye la seguridad. Necesitamos un nuevo respeto de nuestros recursos naturales, que están disminuyendo rápidamente. Necesitamos un

reconocimiento de que los derechos y las libertades humanas dependen no sólo de las resoluciones que se aprueban en reuniones internacionales sino de la aplicación de decisiones que faciliten opciones económicas reales para los países.

Para muchas naciones, en especial las del Sur, persisten los problemas del comercio, el endeudamiento y el subdesarrollo económico. A menos que se adopten medidas más importantes hacia la liberalización del comercio, no habrá un progreso real. En el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), la Ronda Uruguay de negociaciones comerciales se está acercando al plazo asignado para su terminación. Nueva Zelanda cifra sus esperanzas en el éxito de esas negociaciones. No se pueden sobrestimar las perspectivas de nuevas oportunidades comerciales para todos.

Esto representa una última oportunidad para el GATT. A lo largo de 40 años, el sistema no ha podido producir un medio ambiente comercial equitativo para la mayoría de sus miembros. En la esfera del comercio agrícola, que es motivo de gran preocupación para mi país, el GATT ha sido una decepción singular. Ha permitido el proteccionismo y el otorgamiento de subvenciones, principalmente por parte de las Potencias económicas más importantes, lo que a lo largo de los años ha erosionado las oportunidades y el potencial económicos de los países que comercian con mercaderías.

En una época en que la idea de compartir la carga adquiere mayor aceptación, tenemos que reflexionar sobre el hecho de que la carga del proteccionismo en las economías de algunos de los principales países industrializados ha sido soportada por otros países. Es más ilustrativo aún pensar que el apoyo agrícola y el otorgamiento de subvenciones dentro de los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) fue estimada para 1989 en 245.000 millones de dólares, es decir, seis veces el total de los recursos transferidos en el mismo año por esos países a los países en desarrollo.

Ese es el meollo del problema. Sin una revisión sustantiva de las actitudes políticas hacia la seguridad económica común entre las Potencias más influyentes, incluidos los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y sus asociados más inmediatos, la idea de un nuevo orden que sea promisorio y ventajoso para todos seguirá siendo un lema vacío. Los países más pequeños y menos poderosos del mundo no se convencerán de otra manera.

El resultado de la reunión del GATT será la prueba de tornasol. Los ajustes principales en esa ronda comercial deberán provenir de las economías más poderosas cuya influencia ha configurado, o desfigurado, las reglas del comercio durante casi medio siglo. En estos momentos, esos mismos países tienen a su alcance la oportunidad de gestionar eficazmente la seguridad política regional del mundo en una forma mejor y más imaginativa que las que se han propuesto anteriormente. Las transferencias de recursos son necesarias no sólo para abordar los problemas endémicos del subdesarrollo económico, sino también para ayudar ante el ataque de lo que ha sido reconocido sólo muy recientemente como la degradación del medio ambiente.

Ese es otro ámbito en que los intereses de algunos países están relacionados en forma inextricable con las acciones de otros. Es una esfera donde es esencial para la supervivencia adoptar la idea de la seguridad común. Los vecinos inmediatos de Nueva Zelanda en el Pacífico meridional proporcionan amplias evidencias de ello. Lejos de ser un mar vasto y deshabitado, el gran Océano Pacífico meridional alberga decenas de miles de islas, más de 1.000 idiomas distintos y una gran variedad de culturas diferentes. Pero muchas de ellas son islas pequeñas, países de atolón cuya misma existencia se ve amenazada por el aumento en el nivel del mar que se prevé en el caso de que los países industrializados no detengan las emisiones de gases que provocan el efecto de invernadero.

El ecosistema de nuestro medio ambiente marino se ve amenazado también desde el exterior como consecuencia de la expoliación insensible de recursos y la eliminación de desechos. La seguridad ambiental del Pacífico meridional es totalmente interdependiente con la de la región de Asia y el Pacífico y con la de la comunidad internacional. Para preservar nuestra seguridad ambiental debemos tener el compromiso político constante de adoptar decisiones difíciles.

Las Naciones Unidas acaban de iniciar los preparativos para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo, que se celebrará en 1992 y que tiene vital importancia. Nueva Zelanda tiene el propósito de desempeñar un papel pleno y constructivo, y nuestro Gobierno trabajará con nuestras organizaciones no gubernamentales para aportar a la Conferencia la perspectiva de nuestro país.

Hay que prestar asistencia a los países en desarrollo, en especial para permitirles reparar los daños ambientales, agravados por la pobreza, y para ayudarles a evitar la dependencia de tecnologías destructivas del medio ambiente. Esta Asamblea General tiene un papel clave en la continuación del debate sobre el medio ambiente, formando decisiones sobre las que puedan actuar los gobiernos.

El logro el año pasado de una resolución significativa sobre redes de deriva y las acciones subsiguientes dan prueba de lo que se puede conseguir. Tenemos que seguir construyendo sobre esos cimientos. Hay que tomar medidas urgentes en una serie de esferas, en particular para evitar el cambio del clima y para ayudar a conservar la diversidad biológica de la Tierra.

Aunque desencadenado indudablemente por una situación de crisis, el reconocimiento creciente de la necesidad de cooperación internacional para preservar el medio ambiente es un signo alentador del apoyo global a nuevas formas de política de seguridad. Sin embargo, a fin de cuentas, nuestra seguridad común también depende del mantenimiento y el fortalecimiento de la paz mundial.

Todos aplaudimos las nuevas oportunidades que ofrece el fin de la guerra fría. Sin duda alguna ha habido un gran progreso respecto al año pasado, al concertarse el Tratado sobre la eliminación de los misiles de alcance intermedio y de alcance menor, el acuerdo de principio sobre las reducciones de armas nucleares estratégicas y las negociaciones sobre la estabilidad de las armas convencionales en Europa. Pero el símbolo más notable del final de la guerra fría es, por supuesto, que desde este semana habrá una sola delegación alemana en las Naciones Unidas. La reunificación de la nación alemana es un logro histórico. Apoyamos sin reservas los esfuerzos de las dos Potencias principales y de otros países implicados en esos procesos. Esperamos con interés un mundo en donde prevalezcan la paz y la estabilidad y no el enfrentamiento militar. Pero si bien esperamos el futuro con gran esperanza, también hay que hacerlo sin ilusiones. La crisis del Golfo nos recuerda a todos muy claramente que el mantenimiento de la paz exige un compromiso real. No podemos suponer que la paz vendrá como resultado inevitable de tendencias históricas. Todos nosotros, las grandes Potencias y los Estados pequeños, compartimos la responsabilidad de velar por que las nuevas oportunidades se conviertan en logros significativos.

Hasta ahora, la ansiosa búsqueda del negocio de armas convencionales ha desempeñado un papel importante en la creación de conflictos. Los gobiernos no pueden eludir su responsabilidad de detener esta proliferación. En Nueva Zelanda estamos comprometidos a desempeñar un papel constructivo e imaginativo en el proceso de desarme y a participar en el logro de la seguridad real en nuestra región e internacionalmente.

El compromiso de Nueva Zelanda con el mantenimiento de la paz se refleja en nuestra participación en el Oriente Medio en la operación de las Naciones Unidas de supervisión de la tregua y en el Grupo de Observadores Militares de las Naciones Unidas para el Irán y el Iraq (UNIIMOG), así como en la operación de mantenimiento de la paz de fuerzas no pertenecientes a las Naciones Unidas en el Sinaí. La policía de Nueva Zelanda ayudó en la transición a la independencia de Namibia. En nuestra región, aportamos recientemente servicios para ayudar a la negociación y la reconciliación de la controversia sobre la isla de Bougainville en Papua Nueva Guinea.

Una contribución importante hecha por los países de nuestra región al proceso de desarme nuclear mundial ha sido el Tratado de la Zona Libre de Armas Nucleares del Pacífico Meridional, refrendado abrumadoramente por la Asamblea General el año pasado. El Tratado complementa las políticas de desnuclearización que Nueva Zelanda ha aprobado nacionalmente. Dos miembros permanentes del Consejo de Seguridad han dado su compromiso formal a esta iniciativa firmando los Protocolos pertinentes del Tratado. Otros dos han dado garantías de que sus acciones no irán contra las disposiciones del Tratado. Instamos a todos los Estados poseedores de armas nucleares a que se comprometan formalmente firmando los Protocolos del Tratado.

El establecimiento de una zona libre de armas nucleares en el Pacífico meridional ha dejado aún más a las claras la forma en que Francia sigue ensayando sus armas nucleares, desafiando los deseos de los países de la región. Nuestras protestas contra los ensayos de una Potencia nuclear en el Pacífico meridional, fuera de su territorio metropolitano, han sido desatendidos. Es intolerable que una región que está comprometida con los principios de la desnuclearización pueda ser utilizada como lugar de ensayo para el desarrollo de tecnología de armas nucleares. Durante años Nueva Zelanda y Australia han patrocinado proyectos de resolución en esta Asamblea pidiendo el fin de los ensayos de todas las armas nucleares. Seguiremos patrocinando tal tipo de proyectos de resolución este año.

Una prohibición completa de los ensayos nucleares contribuiría, más que ninguna otra medida individual, a frenar la carrera de armas nucleares. Pedimos a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad que respondan a la petición abrumadora de esta Asamblea en favor de una pronta concertación de un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares.

Compartimos la preocupación de muchos Miembros de esta Organización sobre la posible difusión de armas nucleares a zonas de enfrentamiento, como el Oriente Medio, el Asia septentrional o la península de Corea. El Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares es una parte vital del proceso de desarme nuclear global. En este contexto, acogimos con beneplácito el amplio apoyo evidenciado en la reciente Conferencia de revisión del Tratado en favor de salvaguardias más estrictas para restringir la posible expansión de las armas nucleares. Lamentablemente no fue posible que esos y otros importantes logros hechos por la Conferencia de revisión pudieran ser formalmente adoptados en un Documento Final. Es imperativo tomar acciones de seguimiento para asegurar que esos logros no se pierdan ahora. Es muy frustrante que haya habido tan pocos progresos en la prohibición de los ensayos nucleares, que nosotros consideramos como una parte importante del Tratado de no proliferación. No obstante, nos jugamos demasiado como para poner en peligro ese Tratado.

Otros aspectos del desarme que en estos momentos provoca considerable interés en nuestra región es la destrucción de las armas químicas. Aplaudimos la decisión de los Estados Unidos y de la Unión Soviética de destruir la mayoría de sus arsenales de armas químicas. Pero no aplaudimos la decisión de los Estados Unidos de utilizar un atolón del Océano Pacífico en la destrucción de algunas de sus armas químicas. Ciertamente entendemos la necesidad de destruir in situ, siempre que sea posible, y esperamos que llegue el día en que desaparezcan los arsenales que existen en nuestra región. Pero, junto con otros países del Pacífico meridional, nos preocupa que se considere nuestra región como una cómoda zona de vertimiento, muy alejada de las pobladas ciudades de los países que crearon los armamentos. Nuestra región opina claramente que no debe haber más transferencias, desde fuera hacia el Pacífico, de arsenales de armas químicas para su destrucción. En consecuencia, hemos aplaudido las garantías dadas por los Estados Unidos en

este sentido al Foro del Pacífico Meridional. Seguiremos resistiéndonos a la idea de que nuestra región se utilice como lugar de ensayo de armas nucleares o para el vertimiento de desechos nucleares o tóxicos.

El umbral de los desafíos y de las oportunidades que se presentan a las Naciones Unidas nos obliga a todos a asegurar que nuestra Organización cumpla estas nuevas tareas. El sistema refleja en muchos aspectos otro mundo y otros tiempos. En 40 años han llegado a ser activos en nuestra comunidad mundial de naciones nuevos e importantes participantes y su posición en el esquema de cosas tiene que reconocerse mejor.

Han desaparecido antiguas enemistades y países divididos se están reunificando. Los países más pequeños, que son numerosos, ponderan cómo preservar mejor sus intereses en este panorama de cambios sin precedentes.

Es necesario tener un sistema que refleje mejor una visión global de la seguridad mundial, que permita tomar decisiones claras y, lo que es más importante, que aliente a la observancia fiel de las convenciones acordadas. Esta Asamblea tiene que aspirar a eso, y todos debemos tener presente que los últimos beneficiarios de nuestras acciones son nuestros hijos.

En un momento en que las Naciones Unidas están llamando la atención sobre las necesidades de los niños del mundo, vale la pena recordarnos que no son la tecnología ni los recursos lo que nos falta en la búsqueda de integrar las necesidades ambientales y de desarrollo, para crear una alianza de seguridad para la próxima generación. Lo que falta es la voluntad política.

Todos sabemos que lo curioso de la realidad imperante es que las soluciones de las necesidades reales y urgentes de los niños, que se han debatido aquí en los días pasados, se podrían encontrar reduciendo los hinchados presupuestos de armas del mundo.

En esta época de tan grandes esperanzas - y de tan grandes peligros - quizá debiéramos también recordar que quienes heredarán nuestro legado político tienen necesidades muy simples. Al tomar aquí decisiones, eligiendo entre actuar o no, yo preguntaría en la lengua de los maoris de Aotearoa, la lengua de mi hijo: "He aha te taonga o Te Ao Hou?", "¿Cuál es el tesoro de la nueva alba?". Y la respuesta es obvia: "Nga mokopuna, nga mokopuna, nga mokopuna", "Son los niños, son los niños".

Se levanta la sesión a las 13.20 horas.